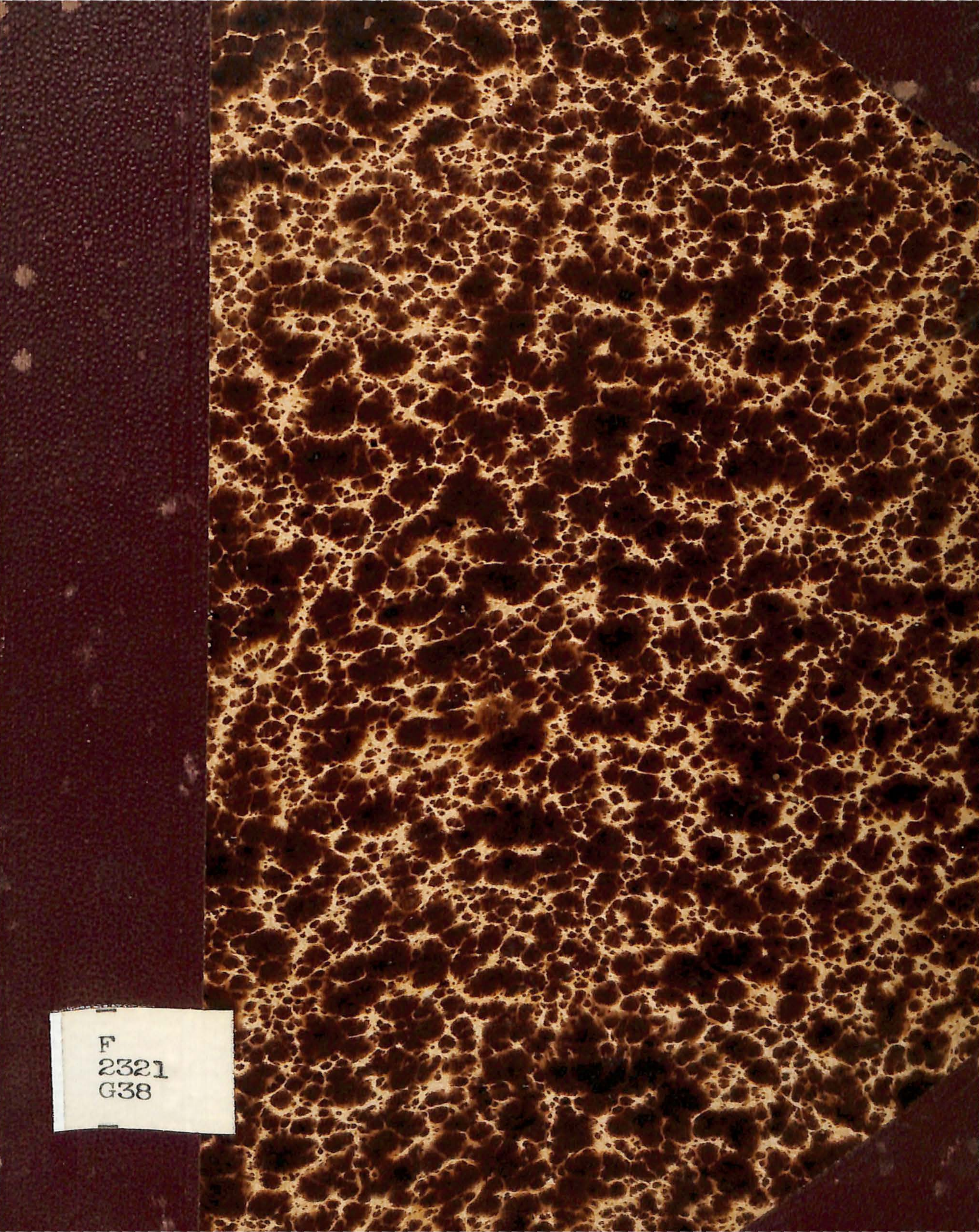
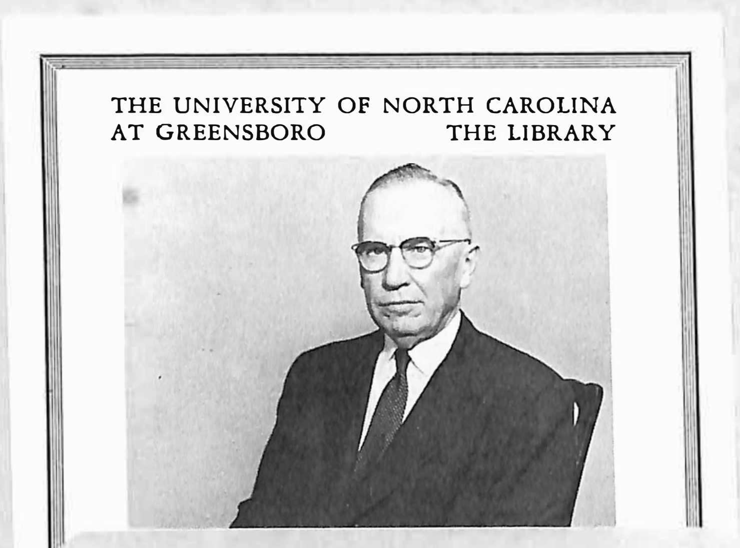






ANTONIO G. MANFREDI,
EX-CONSUL DE ESPAÑA EN VENEZUELA

DEL SOLAR VENEZOLANO

IMPRESIONES



CARACAS
TIPOGRAFIA AMERICANA
1932

Al Doctor Rafael Requena, amigo leal, hombre de gran corazón y genuino representante del romanticismo político venezolano en prueba de sincera amistad y afecto le dedico estas impresiones.

EL AUTOR.

PREFACIO

PREFACIO

El tiempo, brazo ejecutor de la vida, reclama para sí el sagrado derecho de trazar en el gran libro de la Historia, su juicio sereno sobre los hechos y sobre los hombres.

La certeza de la perennidad, al igual que la vana seguridad que el hombre pudiera tener en sus conceptos, puede abatirse pronto; para ello es más que suficiente el paso de unos cuantos años, un soplo, un solo parpadeo de ese tiempo, que todo lo hace y que todo lo deshace incesantemente.

Por eso yo no puedo hacerme ilusiones sobre la suerte que podrán tener estas cuartillas, que dejo escritas, y que significaron para mí, en el momento en que las escribía, el fiel reflejo de mis pensamientos y la plena satisfacción de dejar en ellas la nítida trasparencia de la sinceridad de mi espíritu.

Diez años de permanencia en Venezuela, en esta hospitalaria y gloriosa Patria, primogénita de América, por haber despertado una de las primeras, en el noble sentido de la libertad. Diez años durante los cuales me he nutrido espiritualmente de sus bellísimos paisajes, verdaderos sortilegios de la naturaleza, que la mano pródiga de Dios, quiso poner en esta tierra, Diez años de haber convivido en estos medios; de haber auscultado el corazón venezolano y de sorprender en él todo lo romántico y misterioso que se oculta en su ritmo. Diez años de trato frecuente con los hombres más significativos del Gobierno, con las más conspicuas personalidades que mejor

pudieran representar su literatura y su ciencia. Diez años de comunidad fraterna, en esta tierra, donde hube de recibir atenciones sin cuento que comprometen en mi alma la gratitud imperecedera, constituyen el estimulo y el por qué de este libro.

Muchos otros libros se han escrito ya sobre Venezuela, de ellos, sin duda, todos los que preceden habrán de superar a éste por el positivo valor literario de su contenido; pero dejando a un lado la soberbia, donde los hombres fátuos apoyan todo pretendido triunfo humano, tengo por seguro, que de todos los líbros ya escritos y de los que aun escribirse pudieran, ninguno podrá ganar a éste en la noble intención que lo impulsa, ni tampoco en la franqueza leal con que se ha movido mi pluma para hacerlo.

Y asi como es mi intención desinteresada, la que me impulsó a dedicar en estas páginas un recuerdo a Venezuela, es también el contenido de este libro, que bien pudiera tener por título una sola palabra; palabra de tres silabas que lo condensa todo, y que todo lo concreta, cuya palabra "Gratitud" traduce fielmente un pensamiento que honra a cuantos podemos vanagloriarnos de rendir culto y respeto a nuestros propios sentimientos.

DEL SOLAR

VENEZOLANO

MI LLEGADA A LA GUAYRA

Cuando me trasladaron desde Liverpool, donde desempeñaba el viceconsulado de España, para nombrarme Cónsul en Caracas, recuerdo aún la alegria íntima que hubo de causarme la noticia oficial.

Esta alegría no dimanaba precisamente de que el traslado significase un ascenso en mi carrera; esta circunstancia, complemento lógico que se debia al tiempo de servicios prestado y que esperaba ya por los derechos que el escalafón me confería, no pudiera tener, en sí misma, seria virtualidad para ello.

El motivo de la satisfacción íntima que colmaba plenamente las aspiraciones de mi espiritu por la razón de este traslado, no era otro que el vehemente deseo que yo tenia de conocer América, y como consecuencia, la brillante oportunidad deparada por mi nombramiento para poder satisfacer entonces, la legítima y noble curiosidad que abrigaba mi alma española.

Para cualquier español medianamente cultivado, si es que no ha vivido de espaldas a la historia, un viaje a América habrá de significar siempre la halagüeña realización de un deseo soñado, ya que para completar el estudio profundo de su espíritu y para encontrar su propio yo íntimo, pudiéramos decir recordando a Bergson en su famoso ensayo sobre el poeta, al hablar de los pueblos: "Que para el español, España es la mitad de sí mismo, y la otra mitad es América".

América es, en efecto, esa otra mitad que recapitula los más bellos poemas de la fecunda y titánica acción de los españoles; de los primeros y aguerridos españoles del descubrimiento y de la conquista, que forjadores de su propio ideal, escribieron con sangre en este continente, la gesta sin par de las hazañas más heroicas y también de estos otros españoles de hoy, emigrantes anónimos, que impulsados por el misterio ancestral que los lanza a lo desconocido, llegan aún, modestamente, incesantemente, para ofrecer con generosa y mística ofrenda de fervoroso trabajo, sus músculos y su misma sangre a la gran obra de engrandecer estos pueblos.

A los pocos dias de tener conocimiento oficial de mi traslado, salí para España, dejando sin grandes complicaciones sentimentales la fabril ciudad de Liverpool, que, muy apesar de su famoso puerto pleno de actividades por constituir centro obligado de casi todas las comunicaciones marítimas y mercantiles de la Gran Bretaña, tiene cielo poco propicio, obscurecido casi siempre por los misteriosos nublados y por las bajas condensaciones de los humos de sus fábricas que como cortina impenetrable, lanzan su sombra negra sobre el estuario del Mersey.

A bordo del "Antonio López", salí desde Barcelona en Agosto de 1922 para seguir el camino que dejaron abierto al mundo las estelas de las quiméricas carabelas castellanas, y después de surcar los infinitos del océano pletórico de idealidad y de fé, recuerdo que fondeamos en La Guayra el dia 1º de Septiembre.

Llegar por primera vez a una ciudad y más aún, a una nación desconocida, sobre todo si esta nación está situada en un continente lejano, depara al espíritu cierta inquietante sensación de curiosidad que acelera en los hombres, por muy ecuánimes que los mismos sean, esa nerviosidad infantil, netamente imaginativa, que a despecho del tiempo y de la vida, nos hace estar convulsos de impaciencia.

Esta curiosidad del paisaje desconocido que como humano espectáculo de las almas pudiera constituir en el frio observador psicológico, tema adecuado para deducir mil sugerencias, se desarrolla siempre con tanta más fuerza, cuanta

mayor sea la distancia que nos separe de la tierra esperada, y en relación directa de la concentración imaginativa que depare el medio que habremos de utilizar para cualquier viaje.

Demás está el decir que aquellos dias largos y continuados de monótona navegación, desde mi salida de Barcelona hasta mi llegada a La Guayra, todas esas horas de misterio a través del mar, sin otras perspectivas que los dos infinitos concéntricos, el del océano insondable y el del cielo inmenso, todo ese tiempo en que el vapor parecia el punto central de ambas circunferencias, hubo de alcanzar mi imaginación la máxima concentración en si misma, y como consecuencia de mis ansias de curiosidad, irradiábase hasta por la periferia a donde llegan los últimos tentáculos de las ramificaciones nerviosas, la misteriosa fuerza impulsora, sintoma inconfundible de intranquilidad, que, quiméricamente nos impele, en el afan ingénuo de vencer distancias a que las horas que nos separan de lo que con impaciencia esperamos, pasen rápidamente.

Cuando el "Antonio López" lanzó a la mar sus anclas, en las aguas del Puerto de La Guayra, y tras ellas, con extridente fricción de hierros, hundiéronse hasta tocar el fondo varias brazadas de cadena, yo me encontraba en el camarote aún. Era de madrugada, mas en mi empeño de contemplar cuanto antes las costas de América, me dispuse a subir a cubierta.

Ya en la borda del trasatlántico español, pude contemplar a mis anchas uno de los espectáculos más bellos de la naturaleza, cual es el del amanecer desde el mar frente a un puerto.

Sumida aún en el sueño de la noche, con el parpadeo ténue de sus luces, la ciudad porteña se arropaba en una sombra impenetrable aún. El cielo tropical perdia lentamente su floración de estrellas, mientras una ténue y lechosa claridad que emergia de un punto lejano del oriente espantaba a la luna, que con cara inexpresiva y satisfecha, corria para ocultarse en el ocaso, Tal como una pantomima de la creación, son estos amaneceres, en los cuales, del caos de la sombra sale de nuevo todos los dias el mundo; por eso yo creo que quien no ha visto amanecer nunca, no puede llegar a comprender la infinita grandeza de Dios....

En línea ligeramente perceptible se comenzaron a señalar primero, y en las partes más altas de los cerros, sus obsesionantes perfiles; después, pálidos resplandores de una luz difusa comenzaron a imprimir tenues tonalidades que hacían difícilmente perceptibles las estilizadas formas de los árboles, que salían lentamente sobre la montaña, cual salen las imágenes en las placas fotográficas que se someten a la acción de los ácidos, y mientras el horizonte comenzaba poco a poco a despejarse, y los presentidos halagos del sol rompían en girones las sombras, en la parte más baja, en la misma línea que separa el mar de la tierra, línea en que la ciudad comienza, todo seguía aún escamoteado por el misterio.

Los árboles, primero tronco y ramas, vistiéronse con el sol, de sus verdosas galas, y las frondas rumorosas,—tapices de insospechada belleza tropical,—palpitaron con ritmo risueño a la vida, abriéndose para dar paso a una algarabía de pájaros que con múltiples trinos, rasgaban el aire que exhalaba para mí el embriagado perfume de una tierra exótica.

El mar, ese mar Caribe, terso como la superficie pulida de un espejo azul turquesa, comenzó a reflejar la nítida trasparencia del cielo, por el cual alguna que otra nube rezagada corría cual si fuera misteriosa viajera del vacío.

La perspectiva integral de La Guayra, con todos sus matices peculiares y nuevos, aparecía ya iluminada por los rayos potentes de ese gran sol de América, bajo los cuales flameaba allá en lo alto del Castillo legendario, el tricolor que cobija a la Patria, como emblema de su efectiva soberania.

Frente a La Guayra, ya en la entrada misma de Venezuela y a unas cuantas horas de distancia que me separaban para poder desembarcar en esta tierra, pude recapitular, con solemne emoción, cuanto ya sabía de su historia, cuyas páginas únicas en este continente, tienen tantos calcos heroicos de la misma historia de mi España.

Reminiscencias de mis días de niño vinieron a mi mente al contemplar La Guayra desde el mar, ella evocó en mi memoria la caprichosa disposición con que las manos infantiles forman en los clásicos días de las Pascuas sus "belenes" acoplando a sus incipientes fantasías, con sus pequeñas casitas de

cartón, la forma posible que pudiera tener aquella ciudad donde naciera el Dios que se hizo hombre.

La Guayra se desplaza desde las orillas a donde el mar llega y tomando la breve e insuficiente extensión de unos cuantos metros, corre con su poblado cuesta arriba, hasta los puntos más culminantes de las cortadas cresterias de su cerros, La visión panorámica de este puerto venezolano es única; desde el mar, esas pequeñas casas que parecen estar colocadas caprichosamente, cual si fueran juguetes en las manos de un niño, todas ellas de colores alegres, de facturas tan distintas como caprichosas y en lugares cuyo acceso parece más que difícil imposible, por dar la sensación de no tener calles; todo ese conjunto de casitas perdidas en la inmensidad de una vegetación desordenada y violenta, constituyen—repito—maravilloso y romántico espectáculo, dando la impresión de ser un cuadro cuyo autor de imaginación violenta, quisiera dar unas pinceladas para representar la vida en fantásticas y liliputienses horas, poniéndole después, como marco, la fragancia sensual de las múltiples é insurgentes floraciones del trópico.

Muy a pesar de la sencillez de su trazo, tal visión de La Guayra, como trozo de naturaleza, más que por la posible importancia de su poblado, se refleja en el alma de una manera intensamente grata, pues todas aquellas campiñas ubérrimas y casi verticales, que son laderas de montañas altivas, tienen el secreto de serenar en el espiritu todas las inquietudes y todas las dudas, prestando al viajero que llega, la impresión primera de esta potente naturaleza americana, que genera en la conciencia más dormida una inquietud de adoración panteista.

Por algo es ese verde de la vegetación, en la serie interminable de matices y tonalidades, emblema y color de la esperanza. Yo lo he podido comprender, cuando al encontrarme por vez primera en las costas de América, frente a La Guayra, al extasiarme en estática actitud, por la visión de ese insospechable panorama, sentí que se alejaba de mi espiritu todo ese misterioso sentido amargo de la vida, y que, como en un renacimiento de bellas ilusiones, mi corazón latía con ritmo optimista y risueño.

EN CAMINO HACIA CARACAS

En un potente auto salimos de La Guayra, tomando la única carretera que en aquellas épocas comunicaba con Caracas; carretera que hoy, por existir otra más nueva y magnífica, ha quedado ya preterida y dedicada tan solo al tráfico de los camiones que trasportan carga y que se conoce con el nombre de la carretera vieja.

Por la accidentada superficie de este suelo tan pleno de ondulantes dunas, la carretera serpentea desde las altivas cumbres, hasta el mismo mar, y para vencer las pendientes, tiene que caracolear y dar piruetas en torno de las lomas, subir y bajar caprichosamente, acomodarse a las quebradas, siguiendo y festoneando los cerros.

Esta carretera, aparte de la importancia técnica que acusa por su trazado, y aparte ya de la belleza intensa de los parajes que recorre, muy a pesar de lo limitado de la corta distancia que la misma tiene, encierra en sí misma por su estructura una muy profunda sugerencia que nos lleva a pensar en todo lo que vale y significa la titánica labor del hombre, cuando ésta se define en el triunfo, después de haber vencido con empeño obstinado, las bravas inclemencias de la naturaleza.

Y así, como una ejecutoria de voluntad constante, como efectiva credencial de trabajo y como verdadero pedestal de triunfo, toda esta carretera en su recorrido a medida que nues-

tro auto lograba ascender afanosamente, fatigadamente, cuesta arriba, por ella, metro tras metro, mientras los ojos de mi cara se clavaban absortos en las bellezas imponderables del paisaje, los ojos de mi alma, esos ojos que lo ven todo y que lo adivinan todo, contemplaban sobre el sendero del camino el sudor de las nobles frentes de los hombres aquellos, que como soldados del progreso, pico en mano y desafiando las iras del sol, habían logrado el milagro de hacerla practicable.

A medida que vencíamos la empinada pendiente, quedaba más abajo, más hundida, la línea azul del mar inmenso, línea que se unía con la franja esmeralda de la costa que el mismo mar cortaba caprichosamente.

Allá en el fondo, muy lejos, se divisaba el límite del horizonte, por donde las sombras de fantásticos tropeles de nubes pasaban arreadas, desmelenadas, por el viento. Arriba, muy alto, el azul terciopelo del cielo tropical, y abajo, en la tierra, por uno y otro lado, verde todo.

En medio de las tonalidades de esta vegetación exuberante, donde los matices del mismo verde se hermanan, presentando desde la nota más subida hasta la más pálida y obscura, nos pusimos en la cumbre, para después descender lentamente dando vueltas y más vueltas, hasta que llegamos a Caracas.

Todo en la vida tiene su símbolo y más aún para el hombre tiene su símbolo la naturaleza. Este simbolo contiene una lección que habrá de enseñarle el camino del triunfo para poder vencer. Así acontece si logramos reparar en lo que es la naturaleza indómita y erguida de la costa venezolana, que se opone fuerte, como un centinela frente al mar, en el mismo puerto de La Guayra.

Mejor es para el emigrante, que llega pletórico de ideales de lucha y con firmes y decididos propósitos de trabajo, el encontrarse de pecho con una empinada cuesta, que como primer obstáculo, y para probar su temple, le presenta la tierra, esta nueva tierra a donde el emigrante llega, cual si fuese un trasplante de la vida.

Y más profunda lección habrá de ser para él, este camino que abrieron otros hombres, con los cuales se habrá de encontrar fuertemente vinculado, ya que ellos significan en la gran cadena del esfuerzo humano, los eslabones anteriores, parte primera y esencial de la misma cadena de la cual el viene a formar parte también como nuevo eslabón.

Ya hemos llegado al término de nuestro corto viaje; la carretera comienza a abrirse paso por las primeras y pequeñas casas, que tiene a uno y otro lado; estas casas son las primeras de la ciudad de Caracas.

CARACAS

Entramos en Caracas por el populoso barrio de Catia, después de haber efectuado un recorrido de 33 kilómetros y ascender a una altura de 900 metros.

Una cadena de ondulantes cerros, cual si estos fueran seculares murallas, circundan la ciudad, que se extiende sobre un amplio valle, fértil y alegre.

Pero Caracas, al tomar expansión, ha empujado sus poblados, ascendiendo las empinadas cuestas de las lomas y llegando en ellas hasta las mismas cumbres.

Las casas de Caracas son en su mayoría de trazo sencillo y de una sola planta, blancas casi todas por fuera; esta circunstancia dá de primera impresión, ante la vista ponorámica del conjunto, la idea de que Caracas fuese por su extraordinaria semejanza con las ciudades moriscas de la costa africana, una capital musulmana; pero muy pronto las torres de sus iglesias que se elevan al cielo, para mostrar en lo alto sus símbolos cristianos, y las mismas cruces conque terminan las bóvedas de los templos, acusan su carácter netamente diferencial, hasta el punto de poder hermanar la semejanza mora de su porte externo, con la afirmación cristiana de su espíritu.

Caracas es musulmana por fuera y cristiana por dentro.

Pero aparte de estas circunstancias, e incluso de la factura castellana de sus calles, Caracas tiene una cierta personali-

dad inconfundible y propia. Es una ciudad con carácter, con corazón y con alma.

Ciudad recinto, cerrada por los cerros, que son al propio tiempo bellísimo marco donde la pródiga naturaleza ha puesto el tapizado felpa del verdoso Erin. Ciudad remanso, por la tranquilidad que depara, en sus rincones románticos, tranquilidad sedante para los espíritus. Ciudad evocadora, porque las leyendas tienen en ella su nido y Ciudad alegre como muy pocas de las ciudades de América.

De cuando en cuando, en la misma línea de las nuevas casas, contemplamos alguna que otra rezagada casona que data de las vetustas épocas de la colonia y que ha sido en las mismas, mansión solariega de las descendencias castellanas. Estas casas, con su portada barroca encima de las cuales aparecen aun blasonados escudos, tienen suntuoso porte.

Santiago de León de Caracas, que asi se llama la capital de Venezuela, tiene, como escudo, un león rampante que sujeta entre sus garras la Cruz de Santiago, la muy noble cruz que ha servido de emblema para los ordenados caballeros militares. Diego de Losada, el conquistador español, fundó esta ciudad,

En el centro de la ciudad, Caracas tiene el cerro del Calvario, este cerro, como el Pincho de Roma y como el famoso cerro de San Cristóbal de la capital chilena, es el punto culminante desde donde puede contemplarse en torno la perspectiva integral de toda la ciudad.

El Calvario es hoy, desde sus comienzos hasta su cima, un maravilloso jardin.

La Universidad de Caracas, fundada en el año 1567, encuéntrase hoy instalada en un moderno y suntuoso edificio, cuyo estilo arquitectónico gótico-inglés, hace recordar la Abadia de Westmister.

Muchos otros suntuosos edificios modernos constituyen principal ornamento de la ciudad nueva; pero todos estos, a excepción del Panteón, que a pesar de ser uno de los más nue-

vos, tiene la fuerza histórica de ser sagrario en que piadosamente se guardan los sagrados restos del Libertador, no tienen especial carácter para imprimir a la capital venezolana un sello de modernidad capaz de modificar en lo más mínimo lo que en ella constituye, al igual que en las ciudades andaluzas, la nota más simpática, por ser la más romántica.

Nos referimos a las rejas tras las cuales se asoman las bellísimas mujeres de mirada inquietante, de estas mujeres de Caracas, que constituyen motivo para calificar el espíritu y el alma de la ciudad, como alma femenina, que tiene el misterioso poder de adueñarse de quienes la visitan.

La mujer caraqueña, como la mujer andaluza, tras la reja prisionera, pone al mirar, en la bruja negrura de sus ojos, toda la cálida pasión de su alma, que es, como ella, prisionera también.

Finas y delicadas son estas mujeres de Caracas. Son también delicadas rosas por su belleza, rosas que pueden confundirse con las que prisioneras en los tiestos, constituyen adorno preferido de los patios centrales en las casas, y adorno muy preferido también de las mismas rejas donde las lindas caraqueñas se asoman.

En el corazón de estas mujeres, como en el mismo corazón de la Ciudad, enciérrase un tesoro de apreciables y nobles sentimientos, sentimientos estos que tienen ritmo de poesía inefable; pero el cielo azul y la naturaleza, que es alegre, transforman tal sentimentabilidad, para elevarla en tono de alegría franca, transparente, jovial. Alegría que cautiva y que contagia, sana alegría que conforta y que borra ese dolor amargo del vivir, que es la cosecha de las ciudades populosas de Europa, por la noción quizás cristiana, del sentimiento trágico de la existencia.



DEL DESCUBRIMIENTO Y DE LA CONQUISTA DE AMERICA

El triunfo de la fé cristiana sobre la media luna, no pudo menos que robustecer el personal prestigio y el poderío individual de las grandes personalidades singulares que hubieron de significarse, durante el largo proceso de las luchas sostenidas para conseguir la reconquista del territorio hispano.

Después de la toma de Granada, último baluarte de los árabes, lograda la expulsión total de estos de la peninsula, España por los motivos de fé religiosa que representaban los Reyes Católicos, cobra una aparente unidad política y superficialmente, aquel pueblo integrado por fuertes y poderosas individualidades, se somete a la autoridad suprema de los monarcas, que eran entonces la máxima exaltación de dicha fé y el emblema oficial de dicho triunfo; pero en el fondo del carácter singular del pueblo, la semilla feudal que habían sembrado los godos y que había germinado al amparo propicio de la guerra, tenía que rendir forzosamente su triunfo y fué por este motivo por el cual el pueblo español, que apetecía mayores e insospechados motivos de singularizarse estaba propicio para llevar a cabo las grandes y quiméricas aventuras que la historia hubo de asignarle.

El descubrimiento de América y más tarde la página gloriosa de toda su conquista, que constituye el haber más efectivo del pueblo español, ha tenido por fundamento único este afán

insatisfecho que aquel pueblo tenía de singularizarse individualmente.

Terminada la guerra el fermento de gloriosas ejecutorias personales, se agitaba en todos los pechos, impulsado por el estimulo y por la emulación de los que habian logrado con la gloria el máximo de su personalidad y de su prestigio. Fué entonces la loca idea del descubrimiento, planteada por un aventurero fracasado en su empeño de ofrecerla a casi todas las coronas de Europa, una feliz oportunidad que tomó el pueblo español con fé tan exaltada, como aquella otra que había logrado el triunfo de la cruz; por eso Colón que no había logrado satisfacer a los sabios reunidos en junta en Salamanca se apoderó del corazón de una reina, como se apoderó de los valientes corazones de los hombres que formaron la tripulación de las tres naos que salieron de Palos de Moguer, llevando como emblema la cruz para rasgar el misterio de lo desconocido.

La fé de España y la sed de gloria de los españoles, realizó el milagro sorprendente del descubrimiento de América. Más tarde esta misma fé y aquella insatisfecha sed individual de gloria, hubieron de realizar también el portentoso milagro de su conquista. Ambas hazañas marcan el período álgido de la supremacía feudal, porque ningún hecho de la historia, como ambos, constituye la más elevada ejecutoria de la supremacía individual sobre las masas.

Un puñado de hombres decididos y valientes, colman su empeño de notoriedad y llenan totalmente, con sus personales acciones, las páginas homéricas, tanto del descubrimiento como de la conquista.

Ayunos de prestigio, huérfanos de nombre: Colón, los hermanos Pinzón, Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Vasco Núñez de Balboa y tantos otros, verdaderos forjadores de ideales soñados, logran la gloria que como estímulo único les habia arrastrado para dar el salto de muerte tras-oceánico, temerario y quimérico.

Las hazañas individuales de aquellos cuantos hombres muy a despecho de posteriores y desdichadas pendencias po-

líticas, de la tenebrosa etapa colonial, consecuencia de la universal subversión de los valores efectivos, que habremos de analizar oportunamente, dejaron en las tierras de América una huella tan imperecedera como profunda.

Factor propicio, que hubo de influir poderosamente para el fomento y desarrollo del individualismo en las tierras de América, ha sido sin duda la singular configuración geográfica de las propias nuevas tierras del continente, configuración de complicadas y acentuadas diferencias, de mutaciones constantes y de cambios tan bruscos, como no tiene ninguna otra tierra del mundo. Desde el norte hasta el sur, toda la América constituye un proceso de diferencias profundas y marcadas, desde los terrenos llanos, uniformes y cultivables, se pasa rápidamente a las zonas orográficas, imponentes, indómitas e inaccesibles; trasponiendo el cordón secular de los Andes encuéntranse las selvas vírgenes impenetrables y mortíferas que cortan ríos caudalosos e inmensos, como mares; de otro lado, en el suceder sinuoso de su larga costa frente al Pacífico, los arenales desolados que son casi tan grandes como los desiertos africanos, en seguida la altiplanicie y las "punas" de paisaje glacial, donde crecen los cactus gigantescos y donde soplan incesantemente los cierzos helados que pasan friccionando las nieves eternas de los altos picachos de los Andes; al sur de las zonas grises de los ventisqueros, los cielos australes de color de alcanfor; todo en suma esencialmente diferente, discontinuo, cada zona aislada por sí misma, con su fisonomía propia y con su propio paisaje diferencial, que troquela caracteres diferentes, formando almas distintas que se fraguan por la proyección de tales panoramas esencialmente contrapuestos.

Cada una de estas topografías americanas, que ya habían influido en la formación espiritual de los sencillos grupos étnicos aborígenes, marcó su decisiva influencia y dió carácter peculiar a la poderosa formación individualista de los conquistadores, que hubo de tomar en su desarrollo un vigor insospechado.

Las corrientes inmigratorias llegadas más tarde, por los infinitos caminos de los dos mares que circundan América,

cuando estos dos mares se abrieron a la universal concurrencia, toda esa masa étnica de los pueblos europeos, llegados a América por la estela que dejaran las carabelas castellanas, trajeron con el contingente de su sangre un impulso frenético de aceleración individualista, y es que, todas estas corrientes inmigratorias, atraídas por la febril esperanza de una mejor suerte, tomaban como arma de posible conquista económica a su voluntad aislada y fuerte.

La naturaleza por un lado y por el otro todos estos aportes de espíritu singular y de propósitos firmes de singularización aislada, hubieron de reunirse para formar un mestizaje de extraña contestura, resultado de varias razas que se han fundido, para formar una raza nueva, raza que guarda de sus ancestrales remotos la cortesanía altanera y la impavidez ante los peligros que suelen descomponer al hombre. Fué esta nueva raza mestiza de América, la que había de asustar al mundo, con el gesto homérico de su independencia, independencia, que ha tenido, al igual que el descubrimiento y la conquista, el sello inconfundible del feudal empeño de un puñado de hombres gloriosamente singularizado.

Desde Hidalgo, Morales y Juárez, hasta Bolívar el único Mariño, San Martín, Artigas, Morazán, O'Higgins y Sarmientos, estos nombres inmortales que han resultado ser astros de primera magnitud, iluminaron el cielo de la libertad americana, todos ellos primeras potencias y obreros máximos en la titánica labor de levantar pueblos, no eran más que la cosecha nacida en estas tierras pródigas y fuertes de la América hispana, como resultado de la semilla individualista que hubo de plantarse con ocasión de la conquista y que arraigó, tan profundamente, que llegó con sus tentáculos hasta el centro mismo de las nuevas tierras.

Inútil sería pretender borrar del sector ibérico de América ese sello indeleble del feudalismo; porque el alma de los pueblos no puede cambiar fácilmente, sin que antes cambie su fisonomía topográfica, su clima, su atmósfera, e incluso su historia privativa, y en esta parte de América, todos los factores inciden fatal y necesariamente para propender al desa-

rrollo de las fuertes individualidades y de las perfiladas y robustas figuras, que nacidas para la acción, gozan del singular privilegio de destacarse afirmándose por su personal prestigio para dirigir los destinos de los pueblos.

Volviendo nuestra atención al viejo mundo, para contemplar las grandes mutaciones sociales y políticas, que habían de operarse como consecuencia de la nueva reorganización de los pueblos, en torno de la triunfante idea religiosa, tendremos que observar los siguientes fenómenos:

España al interponer su pecho entre la cimitarra de los árabes y el corazón de Europa, logra restablecer el equilibrio político-religioso y asegura la unidad cristiana en todo el continente; pero entonces surge inmediatamente un nuevo y absoluto poder, que uniéndose al principio de autoridad civil, con estrecha y ventajosa alianza, comenzaron a actuar por separado, para ejercer sobre los pueblos, una influencia decisiva y máxima.

Tales poderes, nacidos en épocas remotas y que tomaron fuerza en los momentos álgidos de aquellas luchas incesantes, no eran otros, que el poder feudal o civil, que ejercían directamente los jefes de los pueblos y el poder religioso, centralizado en Roma y que por delegación del Sumo Pontífice lo ejercían también los Príncipes y altos dignatarios de la Iglesia.

Así como el poder civil, desde la jefatura de los Estados que ya comienzan a perfilarse, trata de regularizar la vida colectiva de los pueblos supeditando el interés individual al interés colectivo, dictando las leyes para imponer la norma jurídica por la cual tendrían que supeditarse las acciones humanas; el otro poder se infiltra silenciosamente en lo más profundo de todas las conciencias y dicta la moral a la que habrían de someterse todos los pueblos. Si absoluta era la jefatura civil de los monarcas de aquellos tiempos más absoluta era la suprema e infalible autoridad del Pontífice. Entre los reyes y el Pontífice repartiéronse a la postre, la propiedad integral de los hombres, los reyes apoderándose totalmente de sus energías físicas, los sometió haciendo de ellos sus súbditos y el Pontífice apoderándose de sus almas, impúsoles su supre-

ma autoridad disciplinaria para ejercer el dominio sobre sus conciencias.

El Pontificado y las Monarquias prefirieron llegar a un pacto antes de entablar por motivos de rivalidad una enconada lucha; en virtud de tal pacto, la Iglesia se constituyó en voluntario instrumento auxiliar de los señores feudales más poderosos para ayudarlos eficazmente en la constitución de las grandes monarquias centralizadas. Cautelosa la Iglesia, tomó a su cargo la dificil labor de compaginar los otros intereses feudales, respetándolos según su poderio, para tratar de que estos se compaginasen cómodamente dentro de la formación de los grandes Estados.

De esta suerte fueron naciendo lentamente las grandes naciones europeas, para ser regidas, en principio, por las más acentuadas personalidades, que habian logrado destacarse con ocasión de las guerras incesantes, perfilándose en los momentos de la lucha, más verticalmente, tanto por su genio, como por su temple y valor. Aquellas individualidades fuertes erigiéronse en reyes, con beneplácito de los pontifices, que los consagraron como a tales, con la condición única de tener que respetar su fuero, como suprema autoridad en materias de fé, e incluso someterse ellos mismos al poder religioso, que únicamente el Pontifice podia representar, como cabeza visible de la Iglesia cristiana, designado por el mismo Cristo.

Las monarquias que eran electivas en un principio, dejando el campo libre para cuantos pudieran ser merecedores de tal prerrogativa, muy pronto dejaron de serlo, merced a un nuevo pacto, también entre los reyes y el romano Pontífice, y después de llegar a una inteligencia, hubieron de trazar de mutuo acuerdo, una norma de organización para dar a las naciones una fisonomia singular, tal y como si ellas fuesen personal y propio patrimonio de los dichos reyes, para que ellos pudieran trasmitir el derecho de autoridad, sobre las tierras y sobre los hombres, a sus descendientes, por titulo de herencia. En virtud de tal pacto, correspondió a la Iglesia, proclamar el derecho divino de que estaban asistidos los reyes, tanto para las funciones del gobierno temporal, como para trasmitirlo por razones de herencia. Desde aquel instante los re-

yes fueron reyes por la gracia de Dios y el apellido real, comenzó a ser una credencial insustituible para poder ceñir la corona.

De más está el decir, que desde que los reyes fueron reyes en virtud del derecho divino, proclamado por la Iglesia y por la misma Iglesia reconocido expresamente, el feudalismo singular y efectivo y la supremacía de los hechos, que daban título de capacidad personal, comenzó a subvertirse, tomando una desviada y teórica dirección, hasta el punto de crearse una imaginativa presunción de creer gratuitamente que por la sangre se trasmitían las virtudes excepcionales de la capacidad, de la energía y del valor, cobrando el apellido que demostraba toda privilegiada ascendencia, la misma autoridad, cual si el apellido fuese, una ejecutoria feudal.

Asumiendo el reinado los principes, por título gratuito de herencia, lógico era que hiciesen de sus reinos caprichosamente cuanto mejor les acomodase, como si los reinos fuesen patrimonio propio. De esta manera, por pactos de familia, los reinos llegaron a engrandecerse y a desmembrarse y muchos reyes hubo, que al morir, por actos de póstuma voluntad testamentaria, incluso llegaron a repartir sus reinos entre sus diferentes hijos.

Tal fué la suerte de las grandes naciones de Europa, durante toda la Edad Moderna, por eso la historia de tales naciones, llega a confundirse con la historia privativa de muchos de sus reyes absolutos, tal como aconteció en España; pero a la postre dos grande acontecimientos vinieron a cambiar los rumbos religiosos y políticos, de aquel mundo viejo. El primero fué la Reforma y el segundo la Revolución Francesa, que tanta influencia hubo de tener para cambiar la fisonomía de todos los Estados y para cambiar también radicalmente, el rumbo de los destinos del Continente Americano. De ambos acontecimientos pasaremos a ocuparnos por separado.



LA REFORMA PROTESTANTE

El Pontificado, con la fuerza suprema de la infalibilidad, ejercia en el mundo entero el más absoluto tutelaje de carácter moral, y era su decisiva influencia, sobre las conciencias, el principal guardador de los fueros de la monarquia.

Tal poder supremo del Pontifice, que parecia ser inconmovible, hubo de recibir un insospechado golpe de muerte.

Plácidamente arrellanado en la cómoda silla de San Pedro, el Papa León X, no podia pensar en que un modesto fraile agustino, de nacionalidad alemana, Martin Lutero, llegase a protestar airadamente en contra suya.

Las ochenta y cinco proposiciones, que contenia el programa de Lutero, transformáronse bien pronto en el programa de la Reforma, sobre cuya base se sustentó potente el Protestantismo, que habia de negar la infalibilidad al Papa, abriendo una brecha de separación y de discordia, entre la gran familia cristiana.

El problema religioso surge de nuevo para abrir un largo paréntesis de luchas encarnizadas e intestinas, los horizontes europeos vuelven a obscurecerse; pero después al retornar la paz, la Reforma trae con su triunfo el Libre Examen, que se encarga de franquear a los hombres el principio de la libertad de conciencia y el derecho de pensar libremente.

Bajo los auspicios de este Libre Examen, los hombres de más agitada inquietud mental, principian a analizar minucio-

samente y con profundidad filosófica los fundamentos, morales y políticos, sobre que descansaban las viejas organizaciones de los pueblos, de esta manera removiéronse las bases de las organizaciones antiguas y se demolieron después sus cimientos, porque el derecho de los reyes para regir los pueblos, que había sido proclamado como privilegio divino, no podía resistir la prueba del más ligero análisis. Los alegatos filosóficos, contra tales principios, impuestos gratuitamente, formaron la copiosa literatura, que había de trascender al pueblo y pesar en su juicio, para despertarlo de su engaño, encargándose principalmente de amontonar argumentos contundentes, a tal respecto, los enciclopedistas franceses, que, precursores de la Revolución, habían de traer al suelo, la secular monarquía de los Capetos.

La Reforma Protestante, logró desintegrar el principio de la infalibilidad, que era el fundamento más sólido, sobre que descansaba la autoridad suprema del Pontífice, rompiendo la unidad religiosa y franqueando, con el Libre Examen, el camino para otro gran acontecimiento de orden político, la Revolución Francesa, con la que se inicia el Período Contemporaneo, y que marca el momento histórico en que los pueblos todos pretenden una segunda reorganización, en torno de una nueva idealogía política, proclamada por la soberanía popular, para trazar la norma fundamental de los Estados.

LA REVOLUCION FRANCESA Y SUS CONSECUENCIAS

Analizado por los filósofos el ficticio principio de la autoridad monárquica, no podía menos de ser rectificada la idea confortadora de que Dios había elegido, solamente a unos cuantos hombres, para guiar la rotación política de la tierra. Desautorizado este fundamento, que mantenía a los súbditos bajo la sumisa obediencia de los reyes, los pueblos advierten que el principio de la autoridad real, no está precisamente, ni en la corona, ni en el cetro, sino que habrá de estar en las condiciones singulares de carácter, de capacidad y de genio, que los propios reyes hubiesen de tener para mejor regir los destinos nacionales.

Así fué como el pueblo francés, impulsado por la labor demoledora de sus enciclopedistas, no pudo permanecer indiferente ante el espectáculo triste que ofrecía su nación, cuyos destinos estaban regidos caprichosamente por un monarca inecto y falto de carácter.

Luis XVI, que a la sazón, ceñía la corona francesa, llegó al poder como llegaban todos los reyes y como llegan aún los pocos reyes que existen, a título gratuito de herencia. De esta manera, al desconocérsele por el pueblo el inalienable e indiscutible derecho de su absoluto y personal poder, su posición no podía ser más falsa, hasta el punto de que la disconformidad de aquel pueblo, estalló violentamente y vino la Revolución, que había de traer como su consecuencia más inmediata,

la radical transformación de la estructura politica de casi todos los Estados europeos.

Así como la Reforma Protestante asestó un golpe de muerte a la infalibilidad pontificia, la Revolución Francesa, mató para siempre el poder absoluto de los reyes, imponiendo sobre su autoridad una norma jurídica y fundamental, que hubieron de dictar las asambleas populares, a cuya norma los reyes tenían que acomodar forzosamente sus prerrogativas y sus personales actos.

Incidieron, como circunstancias favorables para decidir el triunfo de aquella memorable revolución, las que habian determinado el máximo desprestigio de la dinastía Capeta; los monarcas que habían precedido a Luis XVI y singularmente su vicioso y torpe antecesor, Luis XV, dejándole un trono mancillado; después, los ministros a los cuales encomendó, el último Capeto, las diferentes carteras del Estado, realizaron una labor tan desdichada, que tal parecía como si hubiesen puesto todo su empeño, en administrar lo peor posible los intereses de Francia; fué por todas estas razones por las cuales aquel pueblo, impelido por la necesidad de una mejor organización estatal, se lanzó a conquistar posiciones y después de conquistadas para imponer una justicia más equitativa y más humana, escribió con la propia sangre de los monarcas y de las aristocracias, por fueros de herencia, el epitafio a todos los derechos adquiridos, por tal título falso y gratuito.

Si en vez de Luis XVI, hubiese sucedido al desdichado Luis XV, un hombre del temple y del genial carácter de Carlomagno, lejos de tomar fuerza en la mente del pueblo el descrédito de la monarquía, esta hubiese alcanzado su máximo prestigio y es que las posiciones es preciso saberlas conquistar por uno mismo, como el prestigio y como la autoridad. Nada resulta ser en la práctica, más falso, que esas prerrogativas, ganadas fácilmente a título gratuito de la herencia; los primeros reyes, como los primeros nobles, lo fueron por título legítimo de sus acciones y porque merecían serlo, no así los que le sucedieron tan solo, por haber sido sus herederos. La honra y la dignidad personal, al igual que la gloria para que sea efectiva, tendrá

que ganarla todo hombre por si mismo, como Dios dijo que era necesario ganar el pan, con el sudor de cada frente, no siendo de esta manera, nada valen ni nada significan los honores, ya que en la práctica hemos podido comprobar, muchas veces, que la circunstancia de heredarlos, no implica, cual debiera de ser, la obligación y el compromiso sagrado, de demostrar que es uno digno de ellos; muy por el contrario, casi todos los que heredaron las altas posiciones, que hubieron de conquistar de manera efectiva sus mayores, no solo no las han sabido mantener con prestigio, si no que por el blando camino de la molicie, se precipitaron en la más bochornosa degeneración.

Los primeros reyes y los primeros señores feudales, muy por el contrario, supieron mantenerse siempre dignamente, porque habiendo conquistado sus altas posiciones por sí mismos, podían mostrar credenciales y ejecutorias legitimas, imponiendo su autoridad y respeto a los otros hombres.

Vino con la Revolución Francesa la declaración de los llamados derechos del hombre, que eran desconocidos hasta entonces y este pasó de la condición de súbdito a la categoría de ciudadano, naciendo también, a tenor de este gran acontecimiento politico, la democracia o sea la soberanía del pueblo, que pretende dar a la organización del Estado una forma y una fisonomia diferentes, donde puedan tener mejor acomodo todos los derechos y todas las libertades públicas. Con tal afán, se resucita la fórmula jurídica de gobierno, que había nacido en Roma, muchos siglos antes, así como la República, que significa etimológicamente, cosa pública, y que sustituye con su gorro frigio, la corona de los viejos Estados.

Si bien es verdad que, el sistema de gobierno, necesitaba ser transformado, tal transformación debiera de realizarse precisamente, cambiando el estatuto que establecia como única norma jurídica para poder asumir el mando supremo de los pueblos, la privilegiada prerrogativa de la herencia. Era suficiente franquear las puertas de la oportunidad para todos los hombres y que la posibilidad de poder llegar a la más alta magistratura, constituyera motivo de emulación, para que cada cual pudiera desarrollar el máximo de su capacidad personal, para hacerse acreedor a tan señalado privilegio; pero las

incipientes fuerzas democráticas, orgullosas de su triunfo, dieron más importancia a la forma de gobierno, que al gobierno mismo y todo lo esperaron del cambio, sin comprender que la forma de gobierno, en si misma, no podia ser más que accidental.

En efecto, la práctica lo ha demostrado con suprema elocuencia, la bondad o maldad de un gobierno, no depende tanto de la forma juridica, como depende de las singulares condiciones que el gobernante tenga, para impulsar con acierto y por buenos senderos, los destinos nacionales que se le encomiendan. Todas las formas de gobierno son buenas, si resultan ser buenos los gobernantes que las representan y por el contrario, todas las formas de gobierno son malas, si aquellos a quienes les incumbe el gobernar, no poseen condiciones para ello; porque lo sustantivo, no es la forma, ni tampoco la fisonomia juridica del gobierno mismo, lo sustantivo en todo gobierno habrá de ser siempre el gobernante.

Concretándonos de nuevo a la Revolución Francesa, para poder deducir cuáles hubieron de ser sus primeras y más inmediatas consecuencias, tendremos que detenernos a medir el abismo que mediaba entre la exaltación teórica de sus entusiastas principios, y los resultados que en la práctica, aquella hubo de producir. Pasados los momentos de epiléptica agitación, era indispensable que un hombre, encarnase las aspiraciones colectivas del pueblo, ya que una vez rotas las barreras que resguardaban las prerrogativas teóricas del poder, se hacia indispensable el advenimiento de un poder efectivo, que supiese empuñar las riendas del Estado y contener los excesos y las violencias de las masas. Entonces surge en el escenario de Europa y en el mismo solar de Francia, la reencarnación de los principios feudales y sobre los escombros de la monarquia desplomada, muy a despecho de todas las conquistas democráticas, se improvisa un Imperio, para que como tal Emperador asumiera el mando supremo de Francia, un héroe salido de las mismas filas del pueblo.

Aquel héroe, que habia presenciado impasible y silencioso la toma de la Bastilla, siendo casi un niño, habia nacido con un misterioso designio para saber infiltrar en el alma ciuda-

dana, los latidos internos de su vida que era toda acción y carácter.

Por eso Napoleón, encarnando la supremacia de los héroes clásicos sobre las masas, se impone fácilmente y las arrastra tras de si sumisas, hasta conseguir el dar a la Revolución gloriosa un sentido paradógico, y asi fué como tremolando la enseña tricolor, que simbolizara precisamente la libertad, la fraternidad y la igualdad, los tres sagrados principios revolucionarios, cruza en precipitada y aventurada carrera, de conquista, el viejo mundo, haciendo añicos a su paso el mapa de Europa.

El fenómeno político que se opera, al aparecer Napoleón, con su perfilada personalidad, en el escenario de Francia. constituye el máximo ejemplo de la historia, que viene a abonar, una vez más, lo que puede la fuerza singular del héroe y el poder que ella tiene, para imponerse y vencer, sobre la fuerza colectiva de las masas.

Con el triunfo del pueblo, al enfrentarse este en Francia, con la secular Monarquia, se genera en las masas una inquietud de ejemplaridad, que tenia que traer incesantes trastornos en todos los otros pueblos del orbe y grandes trasgresiones en el orden jurídico pre-establecido.

Roto el equilibrio político de los pueblos, no solamente se aspira a transformar la fisonomia del derecho, para regular las relaciones entre el ciudadano y el Estado; las cartas fundamentales y las constituciones, que habian nacido con tal objeto, no colman las aspiraciones de las masas, por entender estas que sus derechos, debian de tener un sentido integral y más amplio, de esta manera el pueblo constituido, ya no como fuerza politica, si no como fuerza efectiva, toma el camino de la violencia y abre un largo y desenfrenado paréntesis de epilépticas revoluciones, constituyéndose en arma contra el Estado y contra el orden.

La igualdad, la fraternidad y la libertad, proclamadas airadamente con el sacrificio de la sangre, no se inculcaron serenamente en las conciencias, dándole el verdadero sentido que aquellos humanos derechos debian de tener, por eso en la caprichosa interpretación de estos principios y más aún al

pretender imponerlos, por las masas mismas, hubieron de producirse cuantiosos trastornos sociales, que costaron sacrificios inútiles de millares de vidas.

Nada más difícil para el hombre, sobre todo para el hombre no suficientemente preparado para ello, que formar por sí mismo el plano quimérico de su posible libertad humana, muy a pesar del obstinado empeño de cuantos con espíritu filosófico se han detenido para estudiar este complicado problema, hasta la fecha aún no se ha logrado llegar a una definición cabal y exacta, sobre lo que la libertad significa, mucho menos en aquellos agitados instantes, el pueblo podía interpretar por sí mismo, este concepto relativo de la libertad.

En nombre de la libertad, por lo tanto, se cometieron desafueros sin cuento y desde entonces hasta hoy, aún se siguen cometiendo dolorasemente.

Las tablas de Moisés que constituían la Ley de Dios, habían proclamado ya, muchos siglos antes de que la Revolución Francesa lo hiciera, los derechos y los deberes del hombre, estos derechos, eran ante Dios, iguales para todos los hombres, estableciendo pàra todos el principio de la libertad, radicado en el alma.

También dieciocho siglos antes de la Revolución Francesa, Jesús el justo de Betania, había venido al mundo, con la mesiánica predestinación de redimir al hombre. La voz suave de aquel rabí con acento de amor, pregonó el reinado de la paz en las almas, conculcando en las conciencias los sagrados derechos de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, entre todos; pero Jesús, comprendiendo el secreto que preside la formación del mundo, donde todo está tan limitado, como la vida, dentro del espacio y del tiempo, hubo de calmar las impaciencias humanas y señaló al cielo, como el lugar único, donde la justicia sería perfecta y sería eterna.

El hombre que ha sido siempre para el hombre un lobo, según hubo de decir Terencio y repetirlo Hobbes, agradeció las prédicas de Cristo, abriendo un expediente de injusticia humana, que terminó con el trágico epilogo de la cruz.

La libertad de Jesús, era solamente una libertad de conciencia y de espíritu y por lo tanto no podía colmar las impa-

ciencias humanas, como prometía satisfacer sus ansias integrales, la otra libertad, pregonada violentamente, de manera más inmediata para esta misma vida. Fué de esta manera como el triunfo de la Revolución, dió a los derechos del hombre un carácter de moderna conquista, más era ciertamente difícil, hacer comprender que sobre tal libertad individual, tenía que existir una libertad más amplia, más poderosa y más firme, cual era la libertad colectiva, o libertad de todos, compaginando los derechos de cada uno, para que cada libertad de un individuo termine, donde comienza la libertad del otro y todas estas libertades, se mantengan dentro de los límites del orden. Mas no fué asi, porque el prinicipio fundamental de las democracias, nacidas al calor de aquella Revolución y desarrolladas más tarde, por nuevas tendencias políticas, pretendió residir, en el imperativo de las llamadas mayorías, las que trataron de imponer tiránicamente los principios autoritarios de sus fueros. Destácanse como los dos principales filósofos franceses de la Revolución, dos hombres singulares: Montesquieu y Rousseau, ambos contemporáneos y precursores de la Revolución misma, estudian con distinto criterio los fenómenos juridicos y aportan al través de sus estudios, conceptos diferentes. El primero más profundo y más reflexivo, tiene sobre las leyes una visión serena y consigue ahondar para hacer comprender su espíritu; pero este filósofo, no pudo llegar al pueblo y ha sido verdadera pena, que no pudiera hacerse comprender. El segundo por el contrario, más violento, por ser más imaginativo, logró influir poderosamente en las masas y se impuso con indiscutible autoridad, suministrando esas nociones políticas, cuya interpretación tenía que ser casuística y caprichosa.

El Sufragio Universal, fué el gran instrumento de las nuevas democracias y mediante el sufragio, se formaron los Estados modernos, como personalidades jurídicas para declarar el derecho, para cumplirlo y hacerlo cumplir; pero estos Estados, teóricamente perfectos y estables, necesitaban el hombre que asumiendo el poder, atinara a darles una impulsión progresiva, interpretando al propio tiempo las unánimes aspiraciones de las mayorías democráticas, asi resultó muchas

veces, que por diferentes desacuerdos, lo grupos politicos se integraron y se desintegraron caprichosamente, dando lugar al desequilibrio político y con él a intensas perturbaciones, muchas veces de carácter violento.

Las revoluciones populares y las agitaciones públicas, vinieron a constituir un funesto procedimiento de rectificación, por parte de las propias democracias, que haciendo uso de su soberano derecho de sufragio, elejian libremente a sus gobernantes y estas revoluciones, siempre retardatarias constituyeron una rémora para el progreso, poniendo en eminente peligro la propia estabilidad de las naciones, muchas veces, hasta el punto de obligar a los gobiernos a tenerse que apoyar en grandes núcleos de fuezas organizadas y crear los ejércitos, no como medida precautoria de un evento de perturbación externa, sino como garantia para mantener el orden y asegurar la paz interior de los propios Estados.

El orden interno, que constituye tanto como la salud de una nación, debiera de inculcarse, educando cívicamente a las masas. Este orden, no es una imposición de conveniencia social, ni tampoco ninguna sabia invención del hombre; tanto el orden jurídico, como el orden moral, consituyen las partes integrantes del orden cosmológico, que es el eje del mundo y que es al propio tiempo, el principio supremo que rige cuanto existe.

Henchidas las inteligencias de conceptos erróneos, se espesó el caudal de las ideas y se embotó su circulación, aquellas frases pronunciadas muchas veces con acento de desmedido egoismo, aquellos gritos incesantes de libertad y de igualdad, no tanto como el de la fraternidad, de la revolución francesa, repercutieron muchas veces con patéticos y rencorosos sentimientos de venganza arrastrando a las masas para que estas salpicaran sus ideas con sangre y con barro.

De las masas populares, muy pronto hubieron de surgir una pléyade de tipos singulares, carentes de toda energía varonil, y de efectividad constructiva, que pretendiendo, precipitadamente, apabullar a sus conciudadanos, decian, con marcado desprecio para las cosas todas entronizadas, que ellos veian más allá. Tales espíritus inquietos por una dimensión de

latitud infinita, desconociendo cuáles podian ser los caminos más prácticos, porque los desconocian todos, se lanzaban por los atajos de la imaginación y en su loca carrera, para llegar los primeros a donde ni ellos mismos sospechaban, tenian que tropezar forzosamente, con cualquier real y verdadero problema, cual si este fuese en el camino un real y verdadero pedrusco, dando como consecuencia del choque inesperado, con su cuerpo de bruces, y haciendo caer tras de sí, a cuantos con arterio-esclerosis de alma, por dificultad circulatoria de sus creídas ideas indigestas, se lanzaban a correr tras ellos, con la misma locura.

Así como en el dilatado terreno ideal de los artistas, los ensueños y la imaginación hubieron de producir los grandes milagros, en el escabroso y accidentado campo de la politica, todos estos impulsores imaginativos, hubieron de causar las más torpes desdichas para los pueblos. Porque en la politica, los que nada realizan, ni saben realizar, por que ni nada piensan, ni saben pensar, se refugian en el ensueño y proyectan en la pantalla imaginativa quiméricos planes de perfección, que suelen ser creídos por la ignorancia de los otros.

Todos estos ensayos aventurados, dieron como consecuencia las desdichadas invenciones de partidos politicos nuevos e inconscientemente, generaron en las masas, siempre predispuestas a los cambios radicales, ansias incontenidas de inaugurar etapas nuevas, que trajeron como consecuencia la crisis del orden y la tirania de la libertad que extremeció de espanto a muchas naciones, hasta que hubo de aparecer en el escenario político de las mismas, una mano dura que supo contener los desmanes de aquellas masas desorganizadas, instaurando nuevamente el principio de autoridad y el orden.

La razón de ser de tales cambios radicales es necesario encontrarla en la misma naturaleza psiquica de los frecuentes impulsadores del pueblo, hombres que en su mayoria víctimas de un desequilibrio, que los embriaga de momento, toman fementidas proporciones de héroes y de gigantes, cuando analizados en sí mismos, no son nada más, a la postre, que insignificantes pigmeos, que quedan aplastados, cuando no

desaparecen bajo el propio peso de su intentada obra, la que al carecer de base sólida, se desploma siempre.

Por otra parte las grandes masas populares que hubieron de agitarse y de marchar decididas a la conquista del ideal predicado por esta clase de héroes, despiertan en la realidad del fracaso de la ilusión y se desvanecen, quedando, como resultado de tales agitaciones revolucionarias infructuosas, con sus energias agotadas y a la postre, en condiciones propicias para que otro hombre de verdadero carácter, las domine y las someta. Así se justifica históricamente que el epilogo de la revolución inglesa hubiese sido Cronwell y que Napoleón lo hubiese sido, a su vez, de la gran Revolución Francesa.

Si estos dos hombres no se hubiesen interpuesto en dos momentos solemnes de la historia, quién pudiera decir hasta dónde irían las masas agitadas por tan colosales torbellinos, ciegas en su precipitado e impreciso empeño, sin atinar a respetar ni la razón ni la justicia.

Cuando dos pensadores de gran peso, tales como Renán y Taine, juzgando serenamente a la misma Revolución Francesa, que fué de todas aquellas agitaciones la inicial y la que más grandes constructivas consecuencias hubo de traer a la humanidad, hubieron de decir al juzgarla: "Fué una obra tan inconsciente como la de un ciclón llevándose ciegamente todo lo que estaba a su alcance" ¿qué no se pudiera decir de los otros motines y conatos revolucionarios menos constructivos y más disociadores?

En la segunda mitad del pasado siglo, cobra con el poderío de los Estados autoridad y fuerza el principio de la soberanía nacional. Por otra parte la técnica y la eficacia de los armamentos, el aumento de los ejércitos y de la policía, vienen a constituirse en positivas garantías del orden social, dificultando ya todos los conatos revolucionarios y todas las asonadas populares, hasta el punto de hacerlas abortar en el logro de sus intentos.

Desde entonces puede apreciarse una vez más, que los viejos triunfos revolucionarios eran la consecuencia lógica de un poder teórico, ya que donde el poder público, no ha perdido su serenidad y no ha procedido, ante el pueblo, ni con torpe-

za, ni con miedo, ha logrado imponerse siempre; pero por otra parte la concentración de grandes contingentes del pueblo, en los grandes talleres y en las grandes fábricas, generan una fisonomía política de nuevas aspiraciones de carácter económico, y se ponen en pugna dos factores que debieran de colaborar armónicamente para decidir el progreso interno de las naciones, tales factores de fisonomía eminentemente económica, como son el capital y el trabajo, dan lugar a planteamientos de problemas difíciles, ante los cuales el Estado, asistido de su alta misión tutelar, fracasa muchas veces.

Un hombre observador y vidente, desconcertado por la alarmante génesis espiritual de las aspiraciones de estas masas, contenidas en sus intentos revolucionarios, llega a preocuparse por los inciertos destinos de la humanidad y después de haber recogido las más saludables enseñanzas que la historia nos enseña en el pasado, recapitula este pasado en el presente y con voz profética, dá entonces el grito de alarma para un mañana, que se avecina veloz e inevitablemente. Aquel hombre observador único, casi como Talleyrant y vidente bíblico, casi como Daniel, no era otro que Donoso Cortés, quien con certeza sorprendente, cuando el mismo Marx se equivocaba, se enfrenta valientemente para predecir y señalar de dónde habían de venir los más grandes peligros para el orden jurídico del mundo. Así fué como aseguró, que la próxima y más terrible revolución se produciría, no en París, ni en Berlín, ni en Londres, sino que ella habría de estallar en Rusia "por la alianza entre el socialismo moderno y el misticismo eslavo"; el fué también quien descorriendo los cortinajes de las simulaciones diplomáticas, denunció a Inglaterra como "instigadora eterna de las revoluciones del Continente".

Y los hechos se produjeron tal y como el mismo Donoso Cortés los profetizara, siendo la fuerza instrumental de los estados de completa anarquía, los mismos ejércitos poderosos, creados como garantía efectiva del orden, al romperse la disciplina que la mantenía, como tal defensa social, después de una guerra perdida en que los grupos militares hicieron defección.

La culpa de esta terrible y actual perturbación del mundo la ha tenido la gran ilusión de la guerra. Triunfó, por encima de todas las teorías socialistas y destrozando todos los grandes partidos de factura universal, la conflagración, que ardió violentamente, trayendo consigo una trasgresión de orden mundial. Esta loca ilusión de la guerra, que alentó durante tantos siglos el alma y las esperanzas de los pueblos, terminó siendo un desastre de incalculables y dolorosas consecuencias, ya que no trajo ventajas para nadie, ni aun para los mismos vencedores, ya que lo único que tocó de ella, para todos los pueblos, no fué nada más que el caos y la ruina y lo que es peor la crisis de todos los más sólidos principios.

Como epílogo de final tan desastroso, se perfilan en el escenario político del mundo, dos modalidades políticas, que corresponden a las dos históricas aspiraciones que desde hace largos años, tratan de disputarse la hegemonía y la suprema dirección política de los pueblos. Tales fuerzas en contra, no son otras que la del individualismo clásico, impuesto sobre las multitudes y la fuerza corporativa de estas multitudes, que suman la mayoría y que tratan de establecer una dictadura intransigente por medio de la violencia y de la fuerza.

El mismo Georges Sorel, que fue, en un tiempo, el publicista ídolo del sindicalismo militante, organismo que con más afán encarnaba la aspiración de dichas aspiraciones colectivas de la mayoría proletaria, muy apesar de que sus doctrinas han tenido una enorme y universal resonancia, acaba de publicar un libro, en donde se refleja todo su desencanto y todo su cansancio, pronunciándose en contra de las locas ilusiones humanas, escribiendo a dicho respecto: "Siempre llega un instante en que los países cesan de apasionarse por las esperanzas extraordinarias que habían llenado el corazón de los primeros promotores de la revolución; esas esperanzas acaban incluso por ser denunciadas, por las gentes discretas, como ilusiones peligrosas, capaces de extraviar los espíritus; de las esperanzas que habían hecho soñar en la regeneración de la humanidad se pasa a los medios prácticos adecuados a la consecución de resultados ventajosos muy limitados. El día en que un número considerable de los principales revolucionarios es-

timan que sus intereses, sus pasiones, sus prejuicios han logrado una satisfacción razonable, todo hombre de Estado que se sienta con ganas de ejercer una dictadura, puede intentarlo con las mayores probabilidades de éxito."

Lo cierto es que en los actuales momentos de acentuadas crisis económicas, la humanidad pretende de nuevo reorganizarse y estas pretensiones incontenidas y precipitadas, abren en los momentos actuales un terrible interrogante ante el cual inquietos, todos los hombres se preguntan: ¿Hasta dónde llegaremos?



PRINCIPALES FACTORES QUE HAN INTERVENIDO PARA LA FORMACION DEL ALMA VENEZOLANA

Además de la directa influencia del factor geográfico, concurrieron para formar el alma y el carácter del pueblo venezolano, factores externos que hubieron de señalar muy acentuados caracteres, en la personalidad inconfundible de dicho pueblo.

Descubierta Venezuela con ocasión del tercer viaje que Cristóbal Colón hiciera a tierras de América, hubo de recibir de pleno, con el trasiego de la sangre española, las influencias todas del imperante feudalismo que comenzaba en los finales del siglo XV a desintegrarse en la peninsula; pero que tomando dirección hacia América, había de implantarse en el Nuevo Continente, con más intensidad y más fuerza.

Las múltiples facetas del mosaico racial de España, acusaban en todos los órdenes, los más briosos latidos de su individual personalidad, y en aquellos momentos en que la antigua monarquía feudal cedía su paso a la nación más poderosa de la tierra,—Imperio donde jamás se ponía el sol,—es ciertamente interesante el contemplar la perspectiva integral de la nación progenitora para poder deducir cómo han influido todos los poderosos factores de su carácter individual, en la formación del espíritu y de la personalidad de Hispano-América. Mientras en la meseta castellana, abrigada en el repliegue de sus sierras y por la soledad de sus páramos, se defendían los grupos feudales de los comuneros, otros grupos

regionales defendían su personalidad, repartiéndose el suelo de toda la Península.

Corrientes imperialistas venían desde las tierras sometidas de Flandes, y también desde Italia penetraban en el suelo ibero, las corrientes renovadoras del Renacimiento, contra cuyas influencias, el genio de la raza hubo de poner su fuerte y vital personalidad para darles carácter y fisonomía española.

Esta alma brava de la raza hubo de reaccionar polifacéticamente, presentando caracteres contrapuestos de fisonomía y de carácter. Tales reacciones se reflejaron desde aquellos tiempos sobre el espiritual espejo de su literatura, tan compleja, como lo era en realidad el espíritu feudal de aquel pueblo, y así fué como hubo de colocar frente al escolástico reflejo de la piedad germánica, la insolente arrogancia de Don Juan y contra el exagerado y pasivo ascetismo, la prosa florida y exquisita de Santa Teresa de Jesús, o bien la cálida pasión divina del hermano espiritual de aquella, San Juan de la Cruz; de igual manera que contra la falsa caballería de un idealismo imposible, la humorística visión cruda y despectiva de los Espinel y los Quevedo. Todos estos aportes diferenciales del carácter individualista español los recoge Cervantes para construir el libro máximo, en que se hermanan y se funden los contrastes acentuados de tal carácter y donde hubo de manifestarse el espiritualismo acendrado y el cuerdo egoísmo realista de la vida, perfilando con genial maestría la figura del héroe Don Quijote y la no menos interesante de su escudero Sancho.

La empresa del descubrimiento, y más aún la formidable empresa de la conquista de América, hubieron de haber sido acometidas quijotescamente, porque ellas han tenido, como objeto principal, la conversión a la fe cristiana de los habitantes que ocupaban una extensión superior a cincuenta millones de kilómetros cuadrados con el firme propósito de hacer de aquellos hombres desnudos, unos perfectos caballeros cristianos y piadosos.

De ésta manera se descubrieron los nuevos países y se formaron los pueblos americanos, sanguíneamente, generán-

dolos con trozos palpitantes de la misma vida española; maternalmente, creando una nueva población mestiza, construyendo ciudades en las que pusieron el mismo trazo castellano y las manifestaciones todas de su arte; estableciendo ciudades, dándoles los mismos beneficios de su ciudadanía y amparando éstos con el señalado carácter tutelar de las más sabias leyes; transportando aperos y útiles de labor para roturar las tierras, y semillas para depositar en los surcos; trayendo sus especies de animales domésticos, que muy pronto habían de tomar naturaleza americana, y enseñándoles incluso a sacar las más armoniosas notas a los instrumentos musicales que dejaron para siempre en las manos indígenas. En una palabra, dando cuanto España tenía, para fundir un espíritu y una personalidad que pudiera confundirse en el mañana, con el propio espíritu y personalidad de los verdaderos españoles.

Tal obra eminentemente sustantiva, constituye el haber efectivo del pueblo español, porque fué realizada con el carácter individual de aquel pueblo; por eso España, a despecho de su teórica dominación político-colonial, jamás dominó efectivamente en los pueblos de América, como supo dominar Inglaterra en todas sus colonias, al organizar éstas con sentido de explotación, con un marcado carácter paternal, sin mezclar nunca las afectividades que genera fatalmente la fusión de distintas sangres.

Por las razones ya dichas de haber sido Venezuela descubierta en los finales del siglo XV, las influencias de éste carácter individualista e indisciplinado de los conquistadores, tenían que determinar en estas tierras una influencia más señalada, la cual tomó prepotente desarrollo en ellas, por las condiciones propicias de su complicada factura geográfica, muchas veces tan similar a España, que en atención a determinadas circunstancias de identidad topográfica, las poblaciones que se fundaban fueron cristianizadas recordando las otras poblaciones españolas tales como: Valencia, Barcelona, Mérida, Trujillo, etc., etc.

Esta indómita e individual personalidad de los conquistadores, determinó el caudillaje, y hubo de señalarse aquí en Venezuela, en las épocas de los primeros brotes de las inten-

tonas libertarias, con una singular fisonomía ibérica, ya que las primeras agitaciones que trastornaron el equilibrio político colonial, partieron de Coro, una de las más viejas ciudades que fundaron y que estaba cimentada sobre las más sólidas bases de españolismo venezolano.



LA COLONIA

Después del glorioso período feudal de la Conquista, sucede otro período de inercia y de adjetividad oficial, que hubo de denominarse impropiamente, el período colonial de América.

Asi como la Conquista constituye, según hemos dejado ya dicho, el haber más efectivo del pueblo español, la Colonia representa, para aquel mismo pueblo, el debe de la España oficial de la monarquía.

Los conquistadores generaron psiquicamente a los nuevos pueblos de América, por que realizaron a dicho fin, una intensa labor, empleando su fuerza vital y toda su personal substantividad. Unicamente asi se explica, que sin aniquilar totalmente a las poblaciones indigenas y sin reemplazarlas por otras poblaciones cristianas, hubiesen cambiado la fisonomía moral del Nuevo Continente, logrando cristianizarlo de una manera integral y que fuesen las mismas masas indígenas, el actual y más fuerte baluarte que defiende la fe católica.

De igual modo lograron, los conquistadores, que tomaran carta de naturaleza americana, las múltiples especies vegetales que ellos transportaron y lo mismo las especies domésticas de los animales europeos; y sobre todo fraguaron un carácter similar al suyo, enérgico, activo, altanero e individual. El Estado se encargó de demoler lentamente la obra maternal del pueblo español, sustituyéndola por una diferente labor

masculina y teórica, entregando el mando y el gobierno a organismos burocráticos que habian de regir, las más de las veces, los rábulas enredadores y rapaces, que hubieron de constituir para la España oficial monárquica, su más grande carcoma. Aquellos rábulas, a los que tanto hubo de temer Hernán Cortés y que lo expusieron varias veces a la ineptitud de Diego de Velázquez, hiciéronse gobernantes y clérigos, militares de los de mente obtusa y justicias malvados, para desempeñar un papel instrumental al servicio del despotismo absoluto de los reyes extranjeros de España.

Al amparo confortante del árbol secular de la colonia y nutriéndose, con exclusivo privilegio de sus frutos, se fué formando una clase aristócrata, orgullosa y altiva, que hubo de señalar con la otra clase plebeya e indígena, diferencias tan notables como injustas.

Mientras el nuevo señor de la colonia, hacía una vida muelle y ofensiva de fausto extraordinario, las masas miserables, inclinadas al trabajo por la fuerza, mal cubiertas con su pobre cobija y mal alimentadas, tenían que hilar en silencio y bajo los disimulos de su conformidad aparente, las rojas hebras del rencor.

En el improbisado grupo de las aristocracias, que representaban el oficialismo dirigente, había demasiada miseria por curar y demasiada ignorancia por esclarecer. Mientras tanto la semilla de la fuerte personalidad conquistadora, comenzaba a desarrollarse lentamente, hasta que hubo de lograr una personalidad vigorosa y prepotente, que cual retoño integral de los momentos feudales de la conquista, hubo de marcar la otra fisonomía igualmente feudal de la Independencia americana.

Por no entrañar mayor interés dentro de la índole de nuestro estudio, habremos de prescindir de examinar las episódicas peripecias de la vida colonial venezolana, dejando por lo tanto a un lado, todo ese proceso lánguido y perezoso de dicho período efímero y burocrático, que comienza desde que Carlos V cedió, por un plazo de veinte años, los territorios de Venezuela a la Compañía alemana de los Welser y que termina en 1811, con la proclamación de la independencia, por el Congreso de Caracas.

Desde ese año 1811 hasta el glorioso año de 1819, en que el Congreso de Angostura proclama la República, que define ya con carácter formal la completa separación de España, se abre un paréntesis de acción formidable y de titánica lucha y en él, surge como el caudillo máximo de América, el hombre sin par, cuya existencia había de exhalar un aliento de eternidad, después que con sus manos logra torcer los destinos de la historia de América.

Demás está el decir que aquel hombre se llamó Bolivar. Su vida, sus sueños, sus afanes, su muerte misma, constituyen un poema de excepcional e insuperable poesía.

Este superhombre de intuitiva y exacta visión de todas las cosas y de todos los más complicados problemas, genio verdadero de la humanidad, ha sido el vértice sobrenatural en que hubo de vincularse, con la suprema arrogancia feudal, la acción heroica y la acción humana.

Para hablar de él es indispensable que dediquemos un capítulo aparte.

LA INTERPRETACION DEL HOMBRE GENIO AL TRAVES DE LA HISTORIA

Nada hay tan interesante como el inclinarse sobre el gran libro de la historia, para poder apreciar al través de sus páginas, cual ha sido el criterio de la humanidad frente al grande hombre y como ha evolucionado la manera de interpretar a éste, según las épocas y según los tiempos.

Curioso es el espectáculo espiritual de esta humanidad que camina siempre fatigosamente—cual pudiera decir César Cantú—en pos de su quimérico empeño de felicidad terrena, empujada por el afán de descifrar las verdades todas, que se ocultan en la esencia misma de la vida. La imaginación de los hombres, siempre más audaz y más temeraria que su propia razón, adelantóse impacientemente para tratar de apoderarse de las verdades que Dios quiso ocultar, tanto en las almas, como en la esencia de las cosas; por eso la imaginación, deslumbrada ante el hombre singularmente fuerte, como ante el hombre que hubo de perfilarse con más singulares caracteres de superioridad, sobre los otros hombres, precipitóse a sorprender el motivo de tal posible superioridad singular y así hubo de ser tornadizo y caprichoso el juicio del hombre genio para los otros hombres. Tan mutable ha sido tal interpretación, que desde la Edad Antigua, hasta la Edad Moderna, en que el hombre llegó a comprender al hombre genio como

tal hombre, la presencia de éste en los señalados momentos del mundo, ha constituido motivo de preocupaciones tan intensas, como torcidas han sido sus interpretaciones, para los demás hombres.

La Edad Antigua, aquel largo y tenebroso período de la historia, en que comenzó a forjarse lentamente la fisonomía del Mundo, transcurrió en un proceso místico e imaginativo, por lo tanto los grandes valores humanos de aquellas épocas tan remotas, necesariamente habían de proyectarse sobre la pantalla de la crédula e infantil humanidad del momento, no como hombres, sino como dioses y dioses fueron en efecto para las colectividades antiguas, los hombres de perfilada y fuerte superioridad, como Hércules, cuya posible existencia llena las páginas de la mitología griega y cuyas hazañas heroicas significan la máxima exaltación del valor y de la fuerza.

Con un sentido más juicioso de la divinidad, la Edad Media, repudia al hombre genio como dios; pero influido este período de la historia por un fanatismo tan acendrado, como intransigente, desvía la imaginación de los hombres frente al espectáculo de los tales genios, lanzándola por el camino de su torpe credulidad y de sus recelos hacia las posibles participaciones y secretos pactos con los infernales espíritus. Fué de esta manera como la Edad Media, comprendió e interpretó a la mayoría de sus grandes hombres al apreciar en ellos concomitancias con el diablo; por estar asistidos de poderes sobrenaturales para realizar grandes prodigios, hubo de mirarlos con miedo y hubo de atacarlos como peligrosos seres dotados de maleficio. Así se justifica que Galileo fuese encerrado como herético por enseñar el sistema de Copérnico y que Miguel Servet fuese condenado por Calvino a morir en la hoguera.

Con la Edad Moderna, esa edad de los grandes inventos en que el hombre genio logra apoderarse de los grandes secretos de la naturaleza, comienza a conocer la humanidad al hombre genio, como tal hombre y es que el juicio sobrepuesto a la imaginación, se fija en las fatigas y en las zozobras del hombre superior que lucha humanamente y que logra tam-

bién humanamente vencer los obstáculos que la naturaleza le pone en su camino. Desde esta Edad Moderna, el hombre genio, constituye el más positivo valor humano y sin dejar de ser hombre, asistido de sus fuerzas superiores, como tal hombre únicamente, cobra sin imaginativas exaltaciones y sin bochornosos recelos el máximo de su prestigio.

Surge entonces el hombre héroe, con toda su fuerza tentacular y abre los cimientos de todas las nacionalidades modernas, impulsado por el feudalismo que venido desde los bosques virgenes de Germania, arraiga fuerte y profundamente sobre las tierras que fueron el solar del viejo y ya destartalado Imperio de la Roma Occidental, y al extender sus tentaculares raices por el viejo mundo, fructifica, elevando más aun el concepto dominante del héroe, concepto del cual habia de surgir la primacia de las fuertes individualidades para que estas alcanzasen la máxima primacia del mundo.

Hace muy pocos años, ayer mismo, cuando con mano trémula púsose, por fin, la firma al tratado múltiple de paz en el histórico palacio de Versalles para liquidar la terrible contienda de esta última gran guerra, la humanidad hubo de pretender precipitadamente realizar una labor de más justicia y sin quererlo, por exaltar la personalidad desconocida de los héroes anónimos, puso la piedra de un gran monumento para glorificar al soldado desconocido que habria de traer a la postre la rectificación del concepto singular del héroe.

Hoy, en este afán de reorganización espiritual, el hombre atraido por la nueva ficción de los valores abstractos, comienza a negar el valor histórico de los héroes singulares; pero a despecho de todo, esta humanidad de hoy, con fisonomia primitiva, dando la espalda a los héroes de ayer y los hombres de verdadero genio del momento, sigue rodeando, deslumbrada por la exaltación de la fuerza, a los grandes pugilistas, trenzando en su torno esa cadena de adoración que han arrastrado tras de si, desde que el mundo es mundo, los que han tenido por privilegio muscular, en sus puños la fuerza.

Después de este ligero bosquejo histórico, donde hemos tratado de señalar al través de todas las edades, los diferentes conceptos que en el juicio de los hombres, hubieron de

merecer los otros hombres genios, pasaremos a estudiar lo que significa a nuestro juicio, la fuerza singular humana ante la fuerza colectiva y después de marcar las más señaladas diferencias entre ambas fuerzas, pretenderemos demostrar que sin los hombres genios que han nacido para ser conductores de pueblos, el trazo de prosperidad que marca el avance de los mismos, seguramente no hubiese existido.

Desde aquel incipiente y remoto instante de la Edad Antigua, en que el hombre superior fué considerado como dios, hasta este momento actual, en que tratan de supeditarse a las fuentes individuales las abstracciones del valor colectivo, en el proceso evolutivo que la humanidad ha tenido para juzgar al hombre genio, apréciase cierta peculiaridad psicológica, que creemos merecer nos detengamos a señalarla.

Sobre la quimérica pantalla de la imaginación humana, donde se proyectan los fenómenos todos de la naturaleza y de la vida, ocurre siempre que nuestra curiosidad habrá de estar en razón directa del desconocimiento que tengamos sobre la causa que hubiese generado el fenómeno que nos sorprenda.

El desconocimiento aludido de todo fenómeno, será misterio, mientras la razón no se haya apoderado de dicha causa o mientras no logre descifrarla y nada hay para el hombre que más recelo inspire y que más le atraiga, al propio tiempo, como lo que le es desconocido; porque por instinto, tratará siempre de aventurarse, en el afán de curiosidad jamás satisfecha, procurando a medida de sus posibles fuerzas por sorprender el misterio. De esta manera, en el humano afán de conocerlo todo, el hombre adelantándose con la imaginación, se lanzó a trazar por si mismo el plano posible de lo que le era desconocido, forjando caprichosas hipótesis, que luego la razón serenamente logró sustituir, al penetrar con la luz del juicio en las simas profundas donde se ocultan todas las verdades.

Fué de esta manera como el hombre dios, de la Edad Antigua, pasa a ser hombre con peligrosas concomitancias infernales en la Edad Media y más tarde hombre genio, pero hombre al fin, y es al llegar este momento, en que conocido nada más como hombre se le reintegró en su verdadero concepto humano para que más tarde, ante el orgullo de los demás hom-

bres, la posible fuerza potencial de su genio, pretendiera anularse o supeditarse a otras fuerzas tenidas por más efectivas y eficaces, las fuerzas colectivas, que pretendiendo privar en este momento, con afán tan injustificado como inconstructivo, tratan de subvertir el concepto singular del héroe, ya para imponerse sobre él, ya para negarlo.

La razón, proclamada como diosa para el hombre, ha tenido la audacia inaudita de negarlo todo, esta negación rotunda, signo del orgullo y arma de la envidia humana, no sabe respetar estableciendo distingos, entre causas y efectos. Si el mismo Dios no se hubiese ocultado sabiamente en su esencia infinita, si por el contrario se hubiese dado a conocer, al hombre en toda su forma potencial como tal Dios y se hubiese enseñado tangiblemente, la humanidad familiarizada con su carácter de divinidad, muy pronto le negaría su poder creador y desintegrándole de sus poderosos atributos, seguro que se permitirían los hombres la osada audacia de juzgarle, tal como aconteció a Jesús.

Por la razón ya aludida del respetuoso recelo que inspira casi siempre todo lo que es desconocido para el hombre, hubo de mantenerse el prestigio del genio, hasta que la superioridad de este genio, juzgada como fenómeno humano, pesó en el juicio orgulloso de los demás hombres, llegando incluso a desconocerlo y negar el privilegio de su excepcional superioridad que le situaba siempre en un plano superior sobre los demás mortales.



BOLIVAR, EL LIBERTADOR Y FUNDADOR DE CINCO NACIONES, LLENA CON SU SOLA PERSONA EL PERIODO FEUDAL DE LA INDEPENDENCIA, MANIFESTANDOSE COMO EL VALOR SINGULAR MAS ALTO Y COMO EL PRIMER GENIO DEL CONTINENTE AMERICANO

Con esa ingravidad que caracteriza todo lo que es esencia de lo eterno, despojado del pasional arrastre, que integrará su existencia efímera, Bolívar, alma luminosa y verdadero padre tutelar de la América, surge después de transcurrir un siglo de su muerte, para proyectarse con dimensiones ciclopeas sobre el plano espiritual del mundo.

Cien años han pasado desde el aciago instante en que hubo de empuñar los remos para emprender, en la barca de Caronte, ese viaje fatal, misterioso y sin retorno, hacia las regiones de la existencia absoluta y en ese siglo, cual en un crisol, fundiéronse lentamente sus esencias mortales, purificáronse las escerías del hombre y sólo quedan, de él, aquellas otras acciones cardinales definidoras de su fisonomia excepcional, como prócer y genio. Por eso cuando hubo de conmemorarse universalmente la fecha de su muerte, el mundo entero, inclinado ante la memoria del héroe rindió al genio libertador que sembrara de naciones el cordón secular de los Andes, el más fervoroso homenaje de admiración y de religioso respeto.

Simón Bolívar fué un genio y como tal, empero su subordinación a la humana especie, tenía que diferenciarse de los otros hombres, mucho más de lo que por fatales razones de naturaleza tenía que parecérseles.

La medida exacta de tal diferencia entre el hombre y el héroe, la dá la misma labor humana; labor que en el hombre suele ser tan limitada como su propia vida y que en el genio habrá de tener siempre un latido de eternidad y un sello de perdurabilidad infinita.

El genio, hombre al fin, por su humana naturaleza, nace como todos los hombres, limitado en el espacio y vive como ellos, limitado en el tiempo; pero la obra del genio, rompe al fin ambas limitaciones, toma una independencia universal y perdurable y en ella quedará para siempre reflejada, de manera indeleble, el espíritu de la existencia del hombre que la hiciera y es por esto, que la muerte, que significa para todo individuo el momento de su reintegración a la tierra de donde hubo salido, constituye para el genio el instante de su incorporación a una existencia eterna, ya que es con la muerte cuando principia su verdadera inmortalidad.

América ha dado con Bolívar uno de los genios más absolutos de la humanidad. La suprema energía creadora, tomó en el alma del Libertador la fuerza extraordinaria de la acción y su voluntad poderosa consiguió adelantar las agujas del reloj de la Historia, iluminando con su mesiánica predestinación de libertad y de gloria, los momentos más culminantes del Nuevo Continente.

Frente a Bolívar se justifica la exclusivista teoría de Carlyle, cuando aquél hubo de pretender reducir la Historia a la biografía de los grandes hombres, ya que ninguno como él hubo logrado llenar, con su personalidad excelsa, un período más grande de la vida de América y mucho menos reflejar con toda fuerza, las inquietudes colectivas de un momento, ni tampoco sintetizarlas con mayor vigor y con tan arrebatado brío.

Por eso la figura de este genio de América se diferencia tan esencialmente de los otros grandes hombres, logrando perfilarse y destacar con caracteres sobrehumanos, que se señalan en la luminosa estela que dejó tras sus pasos, la que

borra cuantos nexos le pudieran igualar a los demás hombres.

Su humana existencia en horas de excelsitud, transcurrió cual si fuese un meteoro sobre el cielo de América.

En escenarios aun más amplios que aquellos en que Alejandro realizara sus sueños de gloria y en zonas más dilatadas y de topografía mil veces más complicada que en las que Napoleón realizara sus aventureras conquistas, Bolívar, siempre infatigable, se multiplica para realizar quiméricas hazañas, arrastrando tras de sí de espaldas a la muerte y ante la muerte indiferentes, a sus gloriosas huestes, haciendo que el arrojo de su alma fuera un puente para vencer los imposibles y que los destellos de su espíritu, rompieran las sombras impenetrables de lo desconocido, proyectándose hasta los más remotos límites de la eternidad.

Sin dejar de ser Bolívar el héroe máximo de América, resulta ser por la arrogante y singular fisonomía de su genio, un hermano gemelo de los otros héroes legendarios de España y en verdad, según la fundamentada hipótesis del Dr. Grahan, el genio, como potente desarrollo endogénico, se forma por la concurrencia de dos factores: la herencia y el medio.

Simón Bolívar, no pudiera negar nunca la influencia de su preclara ascendencia euskara, lo decía todo en su persona, desde el acusado y anguloso perfil enérgico de su cabeza, que era una fisiológica credencial acreditativa del obstinado y firme carácter de aquellos sus ilustres mayores del Señorío de Vizcaya, hasta sus últimos detalles de carácter y de acción; por eso nada mejor ha podido definir su energía y su voluntad poderosa e infatigable, que el mismo escudo, que por ley de sangre le pertenecía, aquella piedra de molino sobre campo de plata, que habían tomado como cuartel heráldico y como emblema de blasón que simbolizaba la constancia, sus mismos mayores vizcaínos.

A la sombra tutelar del árbol sagrado de Guérnica, viejo roble que constituye por su historia el ara de las libertades de España, hubieron aprendido, sin duda, sus progenitores ilustres las primeras lecciones de independencia y libertad. Santas lecciones, que por el misterio de los trasiegos de la sangre bien pudieran haber puesto en el corazón del gran Libertador, los latidos intensos de su titánica inquietud y sus

primeras ánsias para conquistar la independencia americana, al igual que también este misterio mismo de la sangre venida del otro lado del atlántico, quizás que inspirase a su cerebro altivo las más profundas meditaciones, sobre la aventurada manera de poder inyectar, a esta parte del continente la savia de dignidad que corría por sus venas.

Obrero infatigable, creador de patrias, tiene Bolívar el esforzado arrojo del mismo castellano Cid y en sus manos, la espada, hasta en los momentos decisivos en que, para abrirse paso, fatalmente tenía que sembrar la desolación y la muerte, pierde sus helados y cortantes filos, para trocarse, como muy bien pudiera decir Rodó al escribir su maravilloso ensayo, en el buril del artista. Tal actitud de suprema arrogancia, constituye otro símbolo más para poderlo agrupar como guerrero con los otros hermanos de su raza, de aquellos que hubo de inmortalizar con supremo realismo el inmortal Velázquez, en el lienzo famoso de Las Lanzas, que perpetuando la rendición de Breda nos deja perplejos y confusos, por no saber qué admirar más, si la heroica y apuesta actitud de la caballeresca majestuosidad de los vencedores ante los vencidos, o la homérica perpetuación de aquella hazaña.

Forjador de sus propios ideales, como el enjuto caballero de Quijano, tomó de su alma las fuerzas necesarias para acometer los imposibles y forjar en realidades la visión de sus quiméricos ensueños, hasta el punto a donde el mismo Don Quijote, hermano gemelo y espiritual de Bolívar no hubiera podido llegar con su calenturienta fantasía.

Pero sí es verdad que por la ley de herencia, el Libertador estaba poderosamente vinculado a España, no es menos verdad que, por las poderosas influencias del medio en que hubo de desarrollarse su genio, resultaba estar aun más estrechamente vinculado con América.

Los astros del hemisferio americano trazaron el horóscopo de su vida.

América misma, continente en donde con más vigor se concentran todas las fuerzas de la naturaleza, hubo de señalar, por la proyección de panoramas sobre su alma, el contagio de sus naturales y briosas fuerzas.

Ante los obstáculos de la naturaleza americana, pudo probar aquel hombre superior hasta dónde podía llegar el temple de su alma y la resistencia de sus músculos y es América, sobre todo los Andes, ese cordón umbilical del Nuevo Continente, lo que ha constituido en esa prueba tan temeraria y tan difícil, el estribo glorioso, sin el cual no hubieran podido realizarse las más sorprendentes hazañas. Frente a los Andes hubo de probarse el temple de los conquistadores españoles y si no fuera por los Andes, aquellos no hubieran podido dar el temerario salto de la muerte, para lanzarse decididos a realizar la conquista efectiva.

De igual manera, sin los Andes, Bolívar no hubiera tenido oportunidad de cerciorarse del acerado temple de sus fuerzas. Por eso cuando encuentra cerrado su paso por la barrera obsesionante y circular, al encontrarse frente por frente al Chimborazo, no pudo contener sus ansias de asomarse al cráter de aquel volcán y pensando sin duda, que el que vence a la naturaleza mejor puede aun vencer a los hombres, lánzase a las más altas cimas, raudo como un águila y desde las nevadas cumbres ecuatorianas siente el delirio de sus sueños, recapitulando la visión aventina que había de trocar más tarde en preñez de pueblos libres el continente en que naciera. Fué entonces, en aquel momento decisivo y romántico, cuando el Libertador comprendió que los destinos de la América libre estaban en sus manos.

Por la doble circunstancia de los dos factores integrales que hubieron de incidir para formar su genio, Simón Bolívar es el símbolo de la máxima unión entre los dos lejanos continentes. Nada importa que los hubiera separado políticamente; la presencia de Bolívar en América constituye con su vigorosa personalidad feudal la más acentuada afirmación española de América.

Siguiendo la estela que como camino habían dejado las carabelas castellanas, hubieron de llegar de las norteñas tierras de Vasconia, los trasiegos de la sangre venturosa que habían de pesar en la formación del alma de Bolívar; y de estas tierras vírgenes, exuberantes y prolíferas de América, hubieron de salir los vitales elementos para formar sus músculos para integrar totalmente su existencia. Por eso el

Libertador suma de fuerzas espirituales y materiales, tanto de América como de España, constituye el vértice de la Raza y pertenece por igual a España y América.

La independencia americana no constituye un hecho histórico, antitético a las aspiraciones del pueblo español, porque la historia de España, que es común a la América hispánica, hasta los instantes mismos de su emancipación, no contiene ni un solo capitulo en donde no se encuentren lecciones de sacrificio inmoladas en holocausto de estos mismos ideales de emancipación y de libertad.

Las cruentas e incesantes guerras de la primitiva familia ibérica, por reconquistar su libertad, llenan sin interrupción, todo el largo y tenebroso período de la edad antigua. El proceso de estas mismas guerras, se prolonga durante toda la edad media, tomando buena parte de la edad moderna; y el período contemporáneo, se abre cuando aquel pueblo, sólo por estar desamparado por el cobarde Fernando VII, que capitula miedosamente ante el poder de los ejércitos de Francia, presenta de pecho un frente único a Napoleón, el dictador del mundo.

Desde Indibil y Mandonio, hasta Daoiz y Velarde, el teniente Ruiz y Agustina de Aragón. Desde Padilla, Maldonado y Bravo, hasta Mariana Pineda; desde Riego a los dos últimos mártirez de Jaca, Galán y Hernández, la lista de los que ofrendaron su vida, por la libertad, es en España, interminable.

El espíritu del pueblo español ha sido siempre independiente y libre y este pueblo supo luchar con el mismo encono, tanto en contra de las dominaciones extranjeras, como en contra del despotismo de los reyes, que trataban de pisotear las franquicias y las libertades que hubieron de haber sido conquistadas por aquel mismo pueblo. Entre las cruzadas de esta naturaleza, habremos de señalar, por la repercusión que ella ha tenido en América, las luchas heroicas de las comunidades castellanas, que después del epilogo trágico de Villalar, las huestes vencidas y despechadas, ante la autoridad despótica del poder real, hubieron de salir para el continente americano, con ansias de encontrar, a buen recaudo de la corona, una atmósfera de mayor libertad, preparando en las

tierras del nuevo continente el espíritu de la integral independencia.

La libertad de América constituye, por lo tanto, un capítulo más para las glorias de la Raza y puede considerarse, hoy más que nunca, como el triunfo adelantado, de las inquietudes libertarias del pueblo español, que hubieron de palpitar, antes que en América, aun que con menos éxito, en el mismo corazón de la península.

Solamente ante la corona y ante la Monarquía, o sea ante la España oficial, que representaba el oprobioso coloniaje, esta independencia de América, podía tener una distinta significación.

Pero al derribarse, con la reciente caída de la dinastía borbónica, la barrera de separación entre los pueblos de América y de España, desde la proclamación de la República, la independencia del pueblo americano, recobra un profundo sentido vital, más aun, por la circunstancia de que la República española se fragua en la fecha misma en que la gran familia hispano-americana, conmemoraba unida en una misma actitud de admiración y de respeto, el centenario del Libertador, para glorificarlo. Quizás que, hubiera tenido en este hecho que cambia la fisonomía política de la península, una influencia decisiva el espíritu de aquel hombre inmortal.

En la tumultuosa vida del Libertador, se destacan dos momentos de exaltitud en que la prócer figura del héroe máximo de América se agiganta.

Tales momentos, no son otros que aquellos del Perú y el postrer momento en que la vida del genio se apaga para siempre en el remanso tranquilo que le brindara en San Pedro Alejandrino un noble hermano de su misma sangre.

En el Perú se riñe la más decisiva batalla que había de consolidar la independencia de las otras naciones ya libertadas en el más fuerte baluarte con que contaba la corona en América. Allí por un destino histórico después de una triunfal ascensión por las indómitas graderías de los Andes se abrazan las fuerzas que llegaban desde las dos llanuras opuestas, las anchurosas pampas argentinas y los llanos de Ve-

nezuela; ambas fuerzas, guiadas por las mismas ansias y por un idéntico ideal de libertad venian precedidas por dos hombres, San Martín y Bolívar, ellos son los dos caudillos impulsores y los dos faros de fe que habian de iluminar con su gloria las confusas sombras de los destinos de América; pero los dos guardaban en su alma diferentes secretos. San Martín indeciso y perplejo, al proclamar la libertad del Perú titubea y hablando a los peruanos les llama ciudadanos o súbditos.

Por el contrario Bolívar, que tenía un sentido más concreto y más firme, sobre la verdadera democracia y que tenía todas las oportunidades de haber podido ser coronado como rey verdadero, afirma la calificación de ciudadanos y consolida la república.

Es desde entonces, cuando comienza a preocuparse Bolivar del futuro destino de las naciones de América y se manifiesta ya, no como el genio de la guerra, sino como un sér que tiene clara visión de todos los complicados problemas que se avecinan y que sabe, como padre verdadero de pueblos, que la libertad de los mismos, lejos de constituir el final de su obra, señala el principio de una labor política encauzadora de la fraternidad entre los mismos, por eso para asegurar el destino de todas las naciones que él fundara principia a desarrollar una incomprendida y sabia política de confraternidad cívica, como único medio factible de conseguir sus aspiraciones de paz y de concordia americana a los efectos de que la libertad rindiese una fructifera cosecha.

Pero a la postre, Bolívar, redentor de pueblos, no podía redimirse del Gólgota y como el justo de Betania, hubo de tener también su huerto de olivos, sin poderse redimir de las espinas que habian de clavarse muchas veces en su alma, de la misma manera que aquellas se habían clavado en las carnes suaves del Rabí.

Agudeza de espina y más dolor que la corona que hubieron de ponerle sobre su divina cabeza ha tenido para Jesús la voz traicionera de Judas, esa voz hubo de oírla Bolívar y no una sola vez, como premio del sacrificio que se impuso para dar la libertad a muchos pueblos; pero Bolívar comprende a la postre que tales voces de traición y los treinta

dineros, suelen ser imprescindibles en toda labor de redención humana y por eso, antes de realizar su viaje definitivo, hacia la región en que moran los dioses, todo lo perdona, y con los brazos abiertos, ofreciendo como Jesús un abrazo postrero para todos, muere con la sublime grandeza del que ha venido a la vida con la predestinación de un pentecostés de santa libertad.



LA PRIMERA CENTURIA

Una vez terminadas las primeras luchas libertarias de esta parte de América y conseguido el noble anhelo de la emancipación y con ella el soñado ideal de la libertad, comienza una larga etapa de agitaciones múltiples y de incesantes zozobras en el orden político de las nuevas nacionalidades.

Después de todos los más grandes momentos de la Historia constituye casi una ley fatal, para el destino humano, que sucedan otros momentos de fuerte y desconcertante depresión. América no podía emanciparse de esta ley inexorable y por eso tras aquellos gloriosos instantes de feudalismo libertario, lentamente comienzan a extinguirse los vigorosos espíritus de afirmada substantividad individual, que a más de impulsarse a transformar en realidades sus sueños, hubieron de saber infiltrar en el espíritu de las masas los latidos de fe que prestando sus generosas alas, habían de impulsarlas a la gloria transportándoles sobre los imposibles abismos.

Aquellos hombres de genio tenían que morirse; porque el carácter y el genio son préstamos de la naturaleza que hay que devolver, y vinieron entonces, en los momentos de la paz, que eran mucho más difíciles que los otros momentos de la guerra, espíritus de consistencia diferente para regir los destinos de aquellos pueblos que nacían. Tales hombres, en un estado de aguda crisis substantiva, no atinaron a encauzar los entusiasmos de las masas para darlas una marcada dirección constructiva, por el contrario hubieron de ofuscarse preo-

cupándose tan sólo en menesteres de estructuración adjetiva, dando de este modo incesantes traspiés que hubieron de repercutir seriamente en el orden politico.

Tan escasos como las culminantes cimas, son los contados hombres que saben mirar desde ellas de una manera integral la complicada perspectiva de los fundamentales problemas de un pueblo. Por carecer de este dón de la visión, los primeros gobernantes de la hispánica América libre dieron rienda suelta al caudillaje indisciplinado, que pretendia hacer de la libertad un botin para repartirselo por trozos.

Gobernar pueblos sobre todo cuando estos pueblos nacen, es mucho más dificil que gobernar entelequias o ideas; porque la realidad politica, diametralmente opuesta muchas veces al arte empirico de gobernar, suele estar en contradicción con las normas que tratan de imponerse violentamente, las cuales, en la mayoria de los casos, resultan por su inadaptación politica, ineficaces o contraproducentes. Y es que, la transformación politica de una nación, no depende tanto de los cambios de su gobierno ni tampoco del contenido teórico de sus leyes, como suele depender, con más verdad, del estado social de los pueblos y del grado de preparación que los mismos tengan.

Las nacionalidades libres de esta América, fueron formadas por el personal esfuerzo y por la constancia de un contado número de predestinados y ellas, al surgir a la vida independiente, rompiendo las seculares ligaduras que las aprisionaban colonialmente, se quedaron perplejas al contemplar por primera vez ese sol magnifico de la libertad, ante cuyo espectáculo las masas vencedoras no atinaban a dar un paso firme para poder emprender el camino seguro, por donde debieran de encauzarse los colectivos destinos.

Todas estas naciones recién nacidas a la libertad, hubieron de salir de la cuna con las vendas tejidas por la religión, por la filosofia, por las malas pasiones, por los odios de clases, agitadas aun más por la amalgama de los elementos suspicaces que constituyen el complicado extracto étnico de América. Por su falta de experiencia no atinaron a prevenirse contra los malos improvisadores, ni contra los usureros de la patria que intentaban cobrar intereses exorbitantes por los

servicios que prestaron. Tampoco supieron conocer para desenmascarar a tiempo, a los eternos pescadores de rio revuelto, que luego de haber sido parásitos de la colonia, pretendían seguirlo siendo de la independencia.

Además, la libertad no puede constituir nunca una graciosa concesión de la ley, menos aun puede ella depender ni de la teoria ni de la forma, ni tampoco del mecanismo de un gobierno porque las libertades residen en las almas y todos las tenemos por lo tanto dentro de nosotros mismos.

"Un pueblo culto y preparado para ser libre—decia a este respecto Ganivet—es siempre un pueblo libre y un pueblo instruido a la ligera, a paso de carga, es siempre un pueblo ingobernable".

La primera centuria de la libertad ha constituido, casi en todas las nacionalidades de América, un proceso laborioso y agitado de aprendizaje dificil para poder tomar el sentido a dicha libertad. Esta circunstancia bien puede justificarse por la razón ya dicha de que las masas populares, no se encontraban suficientemente preparadas. Lo cierto es, que tales masas, hubieron de resultar ingobernables y de todo punto indóciles y al sentirse superiores en fuerza y en poder a los hombres que pretendían gobernarlas resultaban del todo propicias para que la audacia del caudillaje político se multiplicase, con fisonomia guerrera, dando ocasión a continuadas revoluciones sediciosas y retardatarias. Fué de esta manera como la primera centuria de la independencia suramericana, abre en la historia continental un trágico paréntesis, que hubo de ocupar casi totalmente los cien años, durante el cual, los pueblos, malgastando sus heroicas energias y abriendo lucha sin cuartel, hermanos contra hermanos, paralizaron el normal desarrollo deteniendo su avance.

Venezuela no podia redimirse de tan fatal desconcierto al emprender sus primeros pasos como tal nación libre; pero en Venezuela, quizás por contradictorio y veleidoso sarcasmo de su destino, ya que ella hubo de haber sido la patria madre de cinco naciones libres, este periodo de retroceso, tras las cruentas y enconadas luchas por defender una nomenclatura, más que por defender un principio político, tomó desconcertantes proporciones y determinó un periodo de luchas anár-

quicas donde la desmedida ambición de los numerosos caudillos, marcó una progresiva crisis del orden social, que creciendo en proporción geométrica hubo de llegar a la máxima desintegración nacional.

Fué entonces cuando todo el vigor individualista de esta tierra, tomó cuerpo en la insospechada personalidad de un hombre y el largo período de decadencia pos-libertaria, se rehace en su espíritu, que se había nutrido de la misma fe patriótica de los libertadores.

Los ideales de la unión, de la paz y del progreso, se proyectan sobre su alma soñadora al contemplar desde las cumbres andinas en que naciera, el desolado espectáculo de ver su patria convertida en campo de tragedia y entonces, temerario y valiente, se lanza con plena responsabilidad histórica para atajar tal desconcierto y se hace obrero máximo de la rehabilitación, hasta que consigue dar a Venezuela una estable fisonomía política capaz de garantizar una paz duradera, que era indispensable para elevar el prestigio nacional y para que la prosperidad culminase en las más altas cimas del progreso.

Este hombre, que no es otro que el General ilustre que rige los destinos de esta nación gloriosa, Don Juan Vicente Gómez, comprende ante todo, con la intuición poderosa que le es peculiar, la necesidad de desnudar su espada, no sólo para hacer de ella un instrumento de acción constructiva, sino para alcanzar respeto en los campos de guerra, ya que sin las credenciales efectivas de un caudillo victorioso, hubiera sido imposible someter a los innumerables caudillos insurgentes. Toma el obligado camino de las armas y sorprende tanto al improvisarse como soldado intuitivo y valiente, como hubo de sorprender más tarde al manifestarse como héroe cívico y sabio gobernante en los tiempos de paz.

Desde las cumbres andinas, que habían proyectado sobre su alma los primeros paisajes de patria, recorre paso a paso y palmo a palmo, varias veces, la complicada superficie de Venezuela y victoria tras victoria, logra pacificar el país desde las mismas cumbres andinas hasta las misteriosas selvas del Orinoco y desde las primeras cresterias de la sierra que comienza en las azuladas aguas del Caribe, hasta los últimos rincones de la llanura inmensa. De esta manera, incansable

siempre y siempre invencible, desde el norte hasta el sur y y desde el este al oeste, aprende el General Gómez la geografía nacional y con ella todos los más complejos problemas de su patria.

Después de unir en sus manos las tres franjas del tricolor nacional, rescatándolas de las manos que habían cometido la profanación de rasgarlas para dividir el país en tres diferentes grupos proclama: "Por la Unión y por la Patria" una nueva era de paz efectiva poniendo las bases de un gobierno, con autoridad propia, no sólo para imponer disciplina sobre los derrotados caudillos insurgentes y sobre los que se ponían el fagín de un quimérico generalato a su capricho, sino para impulsar los destinos de la República y darla un máximo y sorprendente progreso.

El General Gómez representa en Venezuela el renacimiento de la substantividad y es por su genio la figura más vigorosa y más destacada de América que bien merece nos detengamos a estudiarla, tanto en los factores que pudieron influir en la formación de su espíritu, como en la peculiar fisonomía de sus hechos y de su gigantesca obra.

LA SUBSTANTIVIDAD Y LA ADJETIVIDAD

En los capítulos que preceden ha quedado, someramente señalada, según el proceso de la historia, la sinuosa y mutable fisonomía política del viejo mundo, desde que la vida del hombre, hubo de florecer sobre la tierra.

No se diga que la historia, en su empeño filosófico, trata de enjuiciar a distancia, los hechos que fueron, tan sólo por el afán de juzgarlos; ella, maestra de la vida, trata de entresacar de tales hechos, todo lo que los mismos tienen de esencia perdurable siempre, para suministrarnos del pasado, en el presente, las más saludables lecciones, que con sello de perdurable inmutabilidad, suelen repetirse casi siempre.

Abarquemos hoy el panorama del mundo y podremos advertir, que las leyes de la historia no las contradicen las realidades del presente; pues lo que ayer hubo de suceder, vuelve a repetirse en esta misma actualidad contemporánea.

Todo el problema de la mecánica social, ha girado siempre en torno de dos únicos factores; el factor individual y el factor colectivo y en las luchas incesantes para imponer las prerrogativas del uno sobre el otro y viceversa, pueden apreciarse siempre las fuerzas complejas, que hubieron de impulsar y decidir, tales hegemonias. Estas fuerzas, no son otras que: la substantividad y la adjetividad humanas.

Todo hombre se compone de substantividad y de adjetividad.

Lo primero es lo que el hombre es por sí mismo como tal hombre, lo segundo es lo que este hombre adquiere, consciente e inconscientemente en la vida.

La substantividad que nace con el hombre, significa tanto como su capacidad, su carácter, su genio y por lo tanto no puede éste aprenderlo, ni en la escuela, ni en los viajes, ni en el trabajo mismo. Muchas veces en el trato frecuente del hombre con los otros hombres, el que está dotado de una fuerte substantividad, puede aprender a usar ésta, sacando de la misma el mejor partido.

Por lo tanto la verdadera valía del hombre está en su substantividad, porque únicamente con su fuerza substantiva el hombre puede resolver problemas de hombres.

La adjetividad, caudal de conocimientos, tan sólo sirve para que el hombre resuelva problemas de cosas, por eso constituye un grave error, el pretender resolver problemas sociales, adjetivamente o sea teóricamente.

El hombre fuerte, que ha nacido para ganarse la admiración y el respeto de los demás hombres será únicamente aquel que se encuentre asistido de verdadera o absoluta substantividad, este hombre servirá bien para todo, tanto para dirigir, como para ser dirigido; para ser ciudadano, para ser soldado; para triunfar sin vacilaciones; para aceptar la derrota sin desmoralizarse; para luchar solo; para luchar acompañado; para ser rico; para ser pobre, en una palabra para todo; porque este hombre substantivo es esencialmente vital y por lo tanto esencialmente valiente y seguro de sí mismo.

El secreto del orden social y de la disciplina, está precisamente en esta parte substantiva de la humanidad, por que la substantividad crea la solidaridad por el hombre.

Por el contrario la adjetividad crea siempre la solidaridad por la idea y es un factor que impulsa y precipita al proselitismo. A esta adjetividad humana, se deben todas las pedantes teorías disociadoras, como se deben también los fuegos fatuos de las dos grandes ilusiones recientemente fenecidas, por haber sido ruidosamente fracasadas: la ilusión bélica y la ilusión revolucionaria. Los hombres substantivos, razonadores y cuerdos, fueron los que pusieron sobre la gue-

rra el epitafio de su inutilidad y sobre el cadáver de las revoluciones locas, la lápida que las clasificaba de estériles.

Cuando priva en el mundo un gobernante substantivo, sabe que gobernar es mejorar a los ciudadanos impulsando el progreso nacional.

Cuando por el contrario el gobierno es adjetivo, su creencia de gobernar bien, se limita tan sólo a pretender hacer modificaciones teóricas y se concreta a modificar las leyes.

Por eso en las grandes crisis de esta fuerza substantiva, las masas pretenden imponerse y muchas veces logran imponerse, sobre gobiernos que suelen ser pusilánimes e ineptos.

Los hombres substantivos y los pueblos substantivos, tienen cierta predisposición para mantenerse dentro de los límites del sentido social y estos pueblos, sobre todo cuando son dirigidos por gobiernos de efectiva substantividad, alcanzan el máximo de su perfección y de su progreso.

Es necesario por lo tanto, para garantizar el orden y el progreso del mundo, generar masas substantivas y elegir gobiernos de alta y fuerte substantividad.

LA GENIAL CAPACIDAD DE GOMEZ

El General Juan Vicente Gómez, que es sin duda la personalidad política que se perfila, con más gallarda verticalidad, en los actuales escenarios de la política mundial, cuenta con una singular capacidad, intuitiva y creadora, y ofrece, en las múltiples facetas de su vida intensa, las características excepcionales de la genialidad.

Tal condición de genialidad que hubo de agigantar en el proceso de la historia, a un número muy reducido de hombres, elevándolos sobre el nivel de los demás, hubo de ser estudiada por vez primera, en el siglo XVIII, por el Dr. Grahan, médico inglés famoso, quien con carácter científico trató de vincular, tal fenómeno, a la ontogénesis afirmando que el hombre genio surgía por la condensación de todas las fuerzas superiores, cuando ellas logran tomar en el individuo una dirección personal, de actividad y de labor creadora y perdurable.

En tal virtud, desde que la vida del hombre ha florecido sobre la tierra hasta el momento presente de esta misma vida, la electa y muy poco frecuente condición de la genialidad humana, ha tomado a su cargo el trazo de las grandes transformaciones del mundo.

La obra perdurable del genio, constituye la máxima definición de su carácter y en mérito a esta obra en que se señala siempre la dirección que hubo de haber tomado la capacidad creadora del hombre genio, se ha podido realizar la siguiente clasificación de la genialidad:

Ya actuando la condensación de las fuerzas superiores del hombre sobre la mentalidad investigadora del sabio o

bien en la imaginación soñadora del artista, para dar por resultado el genio de la inteligencia.

Ya entronizándose, dicha concentración de fuerzas, en el sentimiento, tomando en él la forma más pura y elevada de la profundidad mistica; para dar por resultado al genio de la santidad o al reformador religioso.

O bien de una manera singular actuando, tal concentración, sobre la voluntad para crear el genio de la acción extraordinaria, caso en que surge el héroe militar o el héroe civil.

Dentro de este último grupo, de la posible clasificación de la capacidad creadora de los genios, puede ser incluido, por propio derecho, la ilustre personalidad del reorganizador de Venezuela, ya que el General Don Juan Vicente Gómez, en su doble carácter de soldado intuitivo y de gobernante insustituible, hubo de recibir en los dos más señalados momentos de su vida, las entusiastas aclamaciones de su pueblo, que le proclamó, como héroe militar y como héroe civil, al propio tiempo.

Como tal genio efectivo de la voluntad, el General Gómez, resulta ser hoy la más genuina personalidad americana que encarna con más señalada fuerza el carácter y la acción, perteneciendo al grupo superior en que el conde de Gobineau, hacia radicar las más singulares condiciones del genio.

Por eso al interponerse en los momentos más decisivos y más dificiles de la historia contemporánea de Venezuela, el General Gómez, ha logrado merced a su genio, como soldado y como gobernante, imprimir su personal carácter a la fisonomia nacional, después de haber detenido con sus hechos una época, que habrá de perdurar de manera indeleble, reflejando siempre la poderosa personalidad de este héroe militar y civil venezolano.

La genialidad de Gómez, suma y sintetiza la condensación de sus fuerzas animicas, fuerzas vitales de carácter substantivo, que arrancan de su personal naturaleza, para actuar sobre su voluntad poderosa y tenaz; tales fuerzas privilegio ingénito de su existencia misma, han tenido la capacidad insospechada y poderosa de enmendar los inciertos rumbos de la República, por eso el General estadista, refleja en su per-

sonalidad feudal, todas las colectivas inquietudes del momento y todas las más positivas esperanzas.

Por entenderlo asi, el Supremo Congreso de la nación, hubo de exigirle que tomara nuevamente la dirección personal de los altos destinos y que ocupara otra vez la curul de la primera Magistratura y al hacerlo asi, por un acuerdo unánime, lo proclamó como presidente de la República, como al hombre único e indispensable para el presente y para el futuro de la nación venezolana.

El caso de Venezuela, o a mejor decir el caso del General Gómez, constituye un espectáculo único, sobre todo en esta vida politica, tan tumultuosa y tan agitada de América, donde por falta de conexiones efectivas con los pueblos, o bien por la ingravidez producida por la carencia de la capacidad suficiente, hubieron de precipitarse, arrastrándose, desde los más altos sitiales, por el empuje de las contingencias económicas, todos los más señalados valores politicos, que tenian, como tales valores, un predicado continental.

Por el contrario, el General Gómez, en los momentos difíciles que amagaban también para Venezuela el contagio universal de la depresión económica, es reclamado por el pueblo y entonces su personalidad bizarra y gallarda, surge con plena y robusta plenipotencia y entre la delirante devoción de este pueblo mismo que frenéticamente le aclama, con actitud resuelta y civica, presta el juramento y asume otra vez la presidencia y en los instantes mismos en que se celebra la ceremonia solemne, las fundadas esperanzas del pueblo, tienen plena confirmación ya que el barómetro regulador de los cambios, que acusa siempre todos los fenómenos de carácter económico, señala para la nación venezolana, en virtud de la confianza de que Gómez disfruta fuera de las fronteras, una elevación a favor de su moneda, que venia en descendente progresión lentamente desvalorizándose.

Patrimonio único del genio es el recapitular en su persona todas las más potentes vibraciones de un señalado momento histórico, el General Gómez, bien sea por que él lo hubiese sugerido todo o porque en su espiritu todo lo hubiese concretado, recapitula el periodo contemporáneo de Venezuela, asegurando la paz e impulsando el progreso.

EL GENERAL GOMEZ CAUDILLO MAXIMO EN LA GUERRA POR LA PAZ, LOGRA REVELARSE DESPUES COMO UN FORMIDABLE GOBERNANTE

El General Gómez, invicto vencedor de batallas adquiere en la guerra por la pacificación de la República, singular personalidad, y así con notorio prestigio, tan legítimamente conquistado impónese bien pronto desde el uno hasta el otro confín de Venezuela.

De esta suerte, el soldado que culminara con tan esforzado valor para poder realizar por el obligado camino de las armas una labor de efectiva pacificación nacional, cobra ya como caudillo máximo una personalidad potente, que había de tener fuerza atractiva para que las masas propicias a las exaltaciones del valor personal, se agruparan en su torno sumisas en actitud de admiración y de respetuosa obediencia.

El prestigio personal de Gómez y sus derroches de personal y temerario valor realizados con desprecio de su misma vida en los amplios escenarios de la guerra, tenían que dar a su persona insospechados resplandores de gloria, por eso al surgir como astro de primera magnitud, los otros pequeños astros que encarnaban el anárquico caudillaje de las revoluciones incesantes tienen que girar en su torno trocándose en satélites; pero el General Gómez dándose perfecta cuenta de que su personalidad había conquistado por eliminación de los otros fementidos valores el primer puesto, no cree terminada su labor hasta tanto no consolide la paz que había con-

quistado por la guerra. Para ello era indispensable imponer disciplina y someter totalmente a los insurgentes que recelosos pretendían adoptar una actitud tartufa de simulada obediencia; por tal razón, el imperativo de su voluntad poderosa, consigue someterlos de una manera efectiva, hasta estar seguro de que su primera etapa de acción estaba ya totalmente asegurada.

Después, el héroe máximo de la guerra por la paz, con plena fe en si mismo y afrontando de una manera personal las responsabilidades ante la Historia, desposeyéndose de su condición guerrera, asume con carácter civil la dirección de los asuntos públicos y tomando con sus propias manos el timón del Estado enfila la proa de la gran nave republicana, abriendo camino en momentos de zozobra hasta salvar los escollos y ponerse a buen recaudo de las borrascas que amenazaban seriamente la vida nacional. El General Gómez, predestinado para triunfar siempre, sereno y firme, sin oir más consejos que los que su conciencia honrada de patriota le dictara, logra bien pronto inspirar plena confianza en el pueblo, el cual, al apreciar la labor potente de una total reconstrucción nacional, que con tanto éxito emprendía, hubo de aclamarlo nuevamente como el héroe civil de Venezuela.

Con sentido intuitivo y por lo tanto profundo de la naturaleza nacional venezolana, el General Gómez, que se había impuesto ya como héroe de la guerra, se impone en la paz como formidable estadista, y para enmendar los rumbos desacertados de los otros, en evitación de posibles contingencias, da comienzo a su nueva labor, haciéndose arquitecto de la Patria nueva, la cual había de tener fisonomía esencialmente diferente, y por eso levanta el edificio del Estado de acuerdo con la estructuración que aseguraba entronizar el orden como garantía de la paz, y asegurar la paz como única garantía del progreso.

Con una extraordinaria y comprensiva visión de todas las cosas, y con un elevado y sereno juicio de todos los problemas nacionales, tanto presentes como futuros; con un conocimiento muy profundo de la complicada psicología de las masas y con sentido muy claro de las conveniencias nacionales, el General Gómez, investido ya de su condición de pri-

mer Magistrado de la República, termina su obra de rehabilitación elevando el prestigio de la nación venezolana, la que, al conmemorar el Centenario de la muerte de su Libertador, resulta ser la más independiente del mundo.

De esta manera, el General Gómez, consigue ver plenamente realizados sus sueños y tiene la satisfacción de haber dado a su gobierno la mayor excelencia, llegando, de acuerdo con las teorías que el mismo Bolívar sustentara, a adaptar, tal gobierno, apropiándolo a la naturaleza, el carácter y las condiciones del momento nacional. Merced a estas circunstancias, Venezuela, la nación rezagada por ingobernable durante casi todo el proceso de su primera centuria de vida independiente, cobra, bajo los auspicios del acertado gobierno de Gómez, todo su prestigio y alcanza el máximo de su desarrollo, dando al mundo, el ejemplo único de su más efectiva independencia económica.

En mérito a tan señaladas circunstancias, el período contemporáneo del General Gómez se denomina ya, muy merecidamente, como la época de la "Rehabilitación Nacional" y por lo tanto, al benemérito General por sus legítimas y adquiridas credenciales, se le habrá de designar en la Historia con el título único de "El Rehabilitador".



SI EL GENERAL GOMEZ NO SINTETIZARA EN SU PERSONA LA IDEALIDAD POLITICA DE LA MAYORIA ABSOLUTA DEL PUEBLO DE VENEZUELA, NO HUBIERA ASUMIDO NUEVAMENTE, LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

A todo gobierno fuerte y estable que respalda ampliamente el orden interno y el progreso nacional, suele enfrentársele por sistema la calumnia.

El fantasma de la opresión y de la tirania es el arma que esgrimen, por torpe complacencia de despecho, los eternos descontentos, que carentes de toda capacidad efectiva, toman el camino desviado de las prédicas inoportunas, creyendo que con ellas pueden atacar la estabilidad politica, sin comprender que al atacar a un gobierno, más se ataca al pueblo que lo ha proclamado.

Mil veces, antes de que hubiese sospechado el que llegaria a conocer personalmente las históricas tierras de Venezuela, hube de oír, muy repetidamente, que el gobierno del General Gómez era como una imposición sobre la soberana voluntad del pueblo, ya que dicho gobierno no representaba en manera alguna la ideología politica de la nación venezolana.

La inexactitud de tal afirmación gratuita pudo apreciarse con la que, elocuentemente, hubo de hacer el pueblo en masa, en fecha muy reciente, ratificando de manera entusiasta al General Gómez su plena confianza, considerándole como el

hombre único para asumir de nuevo la Presidencia de la República.

La sinceridad de este pueblo de Caracas, viril en consecuencia con su gloriosa historia, tan entusiastamente significada al aplaudir al Benemérito General, con ocasión de la reciente fecha en que hubo de prestar juramento como Presidente, constituye la demostración más palmaria de que Gómez sintetiza en su persona la colectiva idealidad politica de este pueblo, ya que esta idealidad política, puede medirse por la seguridad y confianza que dicho gobierno inspire y en relación directa de tal seguridad y confianza, los pueblos suelen prestar a sus gobernantes las más calurosas manifestaciones de su beneplácito asentimiento.

Por otra parte, para poder creer tales infundadas aseveraciones, seria preciso tener un desconocimiento absoluto de la Historia gloriosa de este pueblo, historia que, como ninguna de los pueblos de América, tiene las páginas más heroicas, y de mayor superación altiva. La fisonomia colectiva de los pueblos es siempre consecuente en sus rasgos de apreciado carácter, y ella tiene que concordar, de una manera fatal, con el legado de su historia, de tal manera, que si el gobierno del General Gómez, no respondiera a la fisonomia politica de la nación y si éste no cumpliera de manera amplia las aspiraciones de este pueblo, adaptándose a las aspiraciones nacionales, en manera alguna pudiera afirmarse como imposición, sobre el pueblo que jamás hubo de tolerar ni imposiciones ni injusticias.

La estabilidad del gobierno del General Gómez está definida solamente por su propia consecuencia politica.

Porque el General Gómez hubo de realizar su labor reconstructiva imprimiendo a ésta un ritmo acorde con la conveniencia nacional, sin precipitaciones ilusas, y sin dejarse dominar nunca por los falsos halagos de las grandes ilusiones irrealizables.

Las posiciones conquistadas por el General Gómez, tienen, como fundamento sólido, el cúmulo de bienestar colectivo que hubo de aportar al pais, librando al pueblo de impuestos directos, cancelando las obligaciones de préstamos

externos, acumulando en las cajas del Tesoro fondos de previsión, con los cuales no cuentan hoy la mayoria de las naciones, abriendo las mejores vias de comunicación suramericanas, para dar fácil y cómoda salida a las riquezas de esta pródiga tierra.

Las credenciales de Gómez como gobernante, están escritas con caracteres indelebles en sus propias obras, y por eso el pueblo de Venezuela, consecuente y agradecido, reconoce sus méritos y lo confirma, complacido, como el más inteligente gobernante, para que siga rigiendo sus destinos.

Durante su mandato, este pueblo de Venezuela, ha sido el baluarte contra el cual se han estrellado los esporádicos conatos revolucionarios, venidos siempre desde afuera, y que muy a despecho de su furioso impetu, fracasaron al manifestarse en el recinto nacional, por falta de impulso de masas que fuesen propicias para secundarlos. Este fenómeno, tan apreciado en Venezuela, con ocasión de todos los fracasados intentos revolucionarios, confirma, de una manera precisa, que el pueblo siempre irresistible a los casos de sugestión y más propicio aún para dejarse atraer en los casos de exaltación violenta, está más subyugado por la labor de Gómez, que por todas las promesas que pudieran hacerle tales ilusos apasionados que pretenden fomentar locamente el desorden.

INFLUENCIA QUE LA NATURALEZA Y EL PAISAJE RURAL HAN TENIDO EN LA FORMACION ESPIRITUAL DEL GENERAL GOMEZ

Así como el ambiente blando y fofo de las ciudades suele ser el gran disolvente de las energias individuales, el campo y la naturaleza ilimitada y libre suelen constituir el mejor generador del carácter.

Desde el antiguo Iram donde los viejos persas aprendieron a ser agricultores y guerreros, batiéndose en un gran frente cósmico, el campo hubo de constituir la mejor escuela para la formación de las voluntades poderosas.

El espectáculo continuado de la tierra vigoriza el espiritu, lo templa y lo afirma, prestando al alma sus verdosos coloridos de esperanza; es la naturaleza la que nos hace tener fé en nosotros mismos y la que nos estimula despertando en nuestros pechos el deseo de dominarla.

Nadie más esclavo de la tierra que el agricultor y nadie es, sin embargo, de la tierra su más grande dueño; porque esta tierra que por el afán de dominarla nos domina, siendo indómita en sus manifestaciones primitivas, se torna sumisa y obediente cuando concentramos sobre ella nuestras fuerzas y cuando hemos logrado amansarla por la constancia de nuestra voluntad y de nuestro trabajo.

El veneno civilizador de las ciudades, impone siempre el carácter uniforme de una educación civica. El campo por el contrario, suele ser el medio más propicio para que las indi-

vidualidades fuertes, alcancen el máximo de su potente desarrollo; por eso el campo tiene para el hombre más grande reflejo de humanidad que la ciudad misma; en el campo existe más franqueza, más libertad, más vida; en las ciudades, por el contrario, es fatalmente necesario el someter nuestros actos a todas las reglas prefijadas, encauzándonos por la corriente que señala un camino limitado para nuestras acciones.

Maquiavello de no haber vivido en la ciudad no hubiese atinado a escribir para el principe un libro de sagaces consejos; por que la sagacidad y la perfidia suelen aprenderse como lección de los medios urbanos.

Lincoln, por el contrario alma campesina y por lo tanto pura, ha dado las primeras lecciones de honradez politica en las tierras de América.

La ciudad aguza la imaginación, el campo desarrolla potencialmente la intuición. En contacto directo con la naturaleza, el hombre habrá de sentirse más fuertemente cohesionado con la tierra y habrá de comprender, mucho mejor que encerrado en los artificios de la ciudad cuáles son los vinculos que le unen con el pedazo de patria en que ha nacido; porque siendo la patria para el campesino nada más que la proyección limitada de un paisaje, unos cuantos árboles o la sinuosa linea de una montaña que impresionasen su alma, el patriotismo se afirma en su corazón como elemento más franco y más activo, y es para él un agente dinámico que tiene más poder que el razonado patriotismo que se aprende en las escuelas de todas las ciudades. El carácter individualista del agricultor pugna un tanto con la manera de actuar que los hombres tienen al agruparse en los medios urbanos. El sólo hecho de que varios hombres tengan que actuar juntos modifica su acción individual, y es que, libremente, cada hombre habria de obrar de manera esencialmente distinta.

El General Gómez se ha troquelado como hombre en los medios amplios y libres de la naturaleza; creció saturándose de paisaje y por eso su sentimiento de patria es franco y profundo.

Su voluntad poderosa ha tomado en la naturaleza el estimulo máximo de su desarrollo, y la fuerza vital de su substantividad creció sin deformarse, libremente, verticalmente,

como pudiera crecer un árbol que pretende llegar con sus ramas hasta el cielo.

El temperamento de Gómez y su peculiar fisonomia vital es esencialmente campesina. Gómez es el gobernante intuitivo que no analiza los problemas como pudiera analizarlos un hombre formado en la ciudad.

Entre el hombre de la ciudad y el hombre del campo hay una muy señalada diferencia, sobre todo cuando ambos pretenden apreciar una misma cosa y es que cada uno de estos dos hombres la vé y la comprende de manera diferente. El hombre del campo cuando vé por primera vez una cosa la presiente y la analiza después objetivamente; el hombre de la ciudad muy a pesar de haberla visto muchas veces, la mira sin retener en ella su atención concentrada, de una manera subjetiva, y por eso, cuando pretende definirla se pierde en las vaguedades de la subconciencia y no atina a dar la explicación precisa que el campesino pudiera darnos de ella.

En el corazón campesino, por ser muy grande caben todos los sentimientos; en los corazones raquiticos de los hombres que se han formado en las ciudades materializadas y egoistas, solamente caben unos cuantos sentimientos raquiticos. La fe campesina es siempre alegre y optimista, es generosa y noble. La duda de la ciudad genera el sentimiento trágico de la existencia y por eso suele ser motivo de tristeza para las almas, y muchas veces causa de recelo para los corazones.

La organización rural de aquellos viejos municipios romanos fueron las mejores escuelas civicas donde hubieron de desarrollarse las grandes virtudes ciudadanas. Las grandes ciudades de Grecia, por el contrario, hubieron de trocarse en escuelas de un filosófico escepticismo; porque para que el filósofo creer es casi contrario de pensar mientras que para el hombre de fuerte y poderosa vitalidad rústica, creer es sinónimo de afirmar.

Para poder creer y para tener fe absoluta en cuanto creemos, es indispensable la sensibilidad y el sentimiento; para la negación, la pedanteria de ese nuevo tipo de superhombre ultramontano de las ciudades nuevas.

Sin duda alguna, por esta superioridad del campo sobre la ciudad para modelar la honrada y sencilla formación del carácter, los gobernantes que han salido del campo hubieron de realizar en su gobierno una labor mucho más personal y más efectiva; tal parece como si los agricultores, acostumbrados a luchar con las plagas que amenazan constantemente sus cultivos, fuesen los hombres mejor preparados para luchar con los morbos sociales y para garantizar el bienestar nacional.

COMO HE VISTO YO AL GENERAL GOMEZ

Cual si hubiese podido domeñar su materia saturándola de alma el General Gómez, a despecho de sus años, dá desde el primer instante una impresión cabal de eterna juventud.

Su espiritu eminentemente vital, mantiene el secreto de esa juventud que se refleja en su cara, sin atenuar en lo más mínimo los rasgos inconfundibles que delatan en ella una voluntad acentuada y poderosa y tenaz.

Apoyado en esta voluntad misma, el General Gómez, no pierde ni por un solo instante su verticalidad recia ni su actitud marcial, tiene la gallardia magnífica de una estatua que pretendiese simbolizar en bronce, la clásica figura del carácter. Parco en el decir, no lo es tanto en la manera singular de acentuar con su gesto cuanto dice. Cuando habla sus palabras tienen el peso de muy madurados conceptos y más parecen salir de su pecho que de sus propios labios.

Tras los cristales de sus lentes, sus ojos todo lo miran clavándose escrutadores, como si pretendieran llegar a la misteriosa esencia de las cosas o a la región desconocida donde se albergan en los cuerpos de los hombres las almas, tratando de sorprender sus pensamientos.

Quizas por mirarlo todo, intuitivamente todo lo advierte y todo lo comprende, hasta el punto de poder presentir lo que no ha visto aun.

Con la misma exactitud con que suele formarse de las cosas y de los hombres un rápido y cabal juicio, comprende exactamente los más complicados problemas y sin desposeerse nunca de su serenidad, que es en él, complemento lógico de la confianza que en sí mismo tiene, por muy difíciles que sean, los conjura o los vence; pero para solucionar estos no tiene nunca más que una sola palabra en la que condensa una sentencia única e inapelable.

Desde las inclemencias altivas de los Andes aprendió a mirar de una manera integral los panoramas nacionales, por eso nadie le aventaja a conocer cuáles son las necesidades de los pueblos y cuál es el camino más seguro para poderlas remediar.

En el aprendizaje de la guerra, tomó sus primeras lecciones para dominar hombres, y en su labor titánica de la paz, hízose arquitecto y aprendió a edificar pueblos.

Auscultando los latidos de la naturaleza, en que se inspira, toma de ellos el sentido lógico de la armonía cósmica y por eso para el General Gómez el trabajo es el aire, y el orden el sol de la verdadera libertad.

Impulsor del trabajo y mantenedor del orden, siéntese satisfecho de su misión de gobernante, complaciéndose intimamente de que Venezuela haya llegado bajo su supremo mandato a alcanzar el alto grado de su desarrollo y de su progreso.

Si rápido es en comprender, más rápido es aún en ejecutar; porque para el General Gómez, la hora es en el árbol del tiempo, fruto que si no se recoge en sazón se pudre, sin servir ni para el paladar ni para simiente.

Leal con sus sentimientos, nada hay que tanto aprecie como la lealtad sincera de los otros hombres; para estímulo de esta lealtad suele premiar pródigamente a cuantos son sus amigos verdaderos, de igual manera que por odio a la traición y para ejemplar escarmiento, es muy difícil que perdone a los traidores. Implacable muchas veces para castigar a quienes hubieron de traicionarlo, jamás llega en sus castigos a trasponer los límites donde pudieran principiar los dramas de la sangre. El General Gómez, rinde culto a la vida y siente por ella un respeto profundo, casi brahamánico, res-

peto integral que principia en el árbol y termina en el hombre, y si nadie tiene, según él, derecho para matar un árbol, menos derecho habrá para matar a un hombre. La justificación del castigo la hubo de enseñar el mismo Dios y si no podemos sospechar de su grandeza y de su justicia infinita, por la razón de que este castigo, como amenaza eterna, pudiera parecer al hombre desproporcionado, muchos menos podemos criticar al gobernante que por mantener el orden, como garantía de paz, que constituye la salud de una nación, aplique como escarmiento a cuantos pretendiesen ser transgresores del orden, un castigo ejemplar.

GOMEZ ARQUITECTO DE PUEBLOS

Si entre un pensamiento y el signo externo que debe traducirlo habrá de mediar siempre un abismo profundo; mucho más profundo habrá de ser el que medie entre un propósito de acción y la realización de la misma.

Soñar en un cosa, pensar en ella y proponerse hacerla, dista mucho del momento en que nos sea dado contemplarla hecha, y es que el proyecto, como la obra mental, toma proporciones infinitas en la fantasía del hombre y muchas veces al proyectar soñamos; pero realizar, por el contrario, es siempre una labor concreta, limitada casi siempre por positivas realidades materiales.

Muchos hombres han fundado ciudades en el mundo; pero tales propósitos vencidos por las reales limitaciones del espacio y del tiempo, hubieron de concretarse a abrir los cimientos nada más, siendo las generaciones que les sucedieron las que en tiempos futuros y sucesivos continuaron la labor titánica de hacerlas. Construir una ciudad, constituye un esfuerzo siempre superior a las limitadas fuerzas de un solo hombre; porque la ciudad, la más delicada y difícil organización humana sigue en su trazo un camino insospechado hacia finalidades, que escapan siempre a todos nuestros limitados conocimientos, razón por la que se justifica que las ciudades se hayan construido, casi todas, por trabajos intensamente incesantes y seculares.

Esta regla ha tenido en la poderosa personalidad del General Gómez una milagrosa excepción; porque el fundador de la paz venezolana no conoce el término medio y por eso adoptando siempre una postura radical, tanto para combatir como para crear, soñó con una ciudad y haciéndose arquitecto de ella, logró cristalizarla en una realidad magnifica y ejemplar.

Maracay, la ciudad más nueva de Venezuela, es esta realidad; todo en ella obedece al trazo arquitectónico que el General Gómez hubo de darla desde sus cimientos como tal ciudad nueva, hasta los más últimos detalles de su sorprendente esplendor actual que se ajustan al trazo soñado y tienen el vaho de la poderosa energía de su autor.

Respetando la tradicional nomenclatura del lugar que había dado nombre a un poblado de factura primitiva, sin cálculos de posibles vanidades futuras, el General Gómez eligió las planicies de Aragua, de tierra fértil y de benigno clima para poner allí la ciudad modelo que pudiera constituir estímulo de superación para las otras ciudades de Venezuela y para reflejarse en las épocas venideras, como ejemplo, de todo cuanto puede hacer la voluntad de un solo hombre impulsada por los nobles sentimientos de Patria.

Maracay, que con más justicia debiera denominarse la ciudad de Gómez, habrá de ser a despecho de la modestia de su creador el mejor monumento imperecedero elevado a su memoria.

Las excelencias de la tierra, su propia y estratégica situación y lo atemperado del clima, circunstancias que hubo de tener en cuenta el General Gómez para abrir los cimientos de la ciudad nueva, han constituido los factores naturales más propicios para que la obra pudiera realizarse con tan sorprendente celeridad. Pero aparte de este desarrollo material, el General Gómez hubo de darle un potente desarrollo espiritual, en virtud del cual se pudo entronizar en Maracay esa actual y peculiar vida ciudadana.

Por lo tanto en la ciudad modelo y moderna de Maracay, no solo se puede apreciar el trazado arquitectónico de la obra increíble y gigante, si no que habrá de constituir en ella, estu-

dio mucho más interesante el advertir el plano espiritual de su organización cívica, que ha sido trazado por las mismas manos de tan singular mandatario.

De lo que era el viejo poblado de Maracay, antes de que el General Gómez llegase a fijar allí su residencia, apenas quedan muy confusas y perdidas reminiscencias; todo lo nuevo se apoderó con tal fuerza de lo viejo, que la misma naturaleza hubo de cobrar fisonomía radicalmente diferente.

A buen recaudo del centro suntuoso y de los grandes edificios, ya en las afueras, perduran constituyendo el término de comparación entre lo que fué y lo que actualmente es Maracay, alguna que otra choza o cabaña construida de palos, de trozos de madera y de ramas y que tiene por techo cañas y paja, estas construcciones toscas, características en los pueblos indígenas de América acusan una existencia primitiva y remota.

El Maracay de hoy nada tiene que envidiar a ninguna ciudad moderna y en algunos aspectos, la suntuosidad de los edificios y la belleza de ciertos parques, bien pudieran constituir motivo de envidia para algunas ciudades. Si es verdad que al hombre se le conoce mejor que por su persona por sus hechos y obras, la ciudad de Maracay será el exponente más claro y el más elocuente de la personalidad inconfundible de su ilustre fundador.

COMO HA LOGRADO EL GENERAL GOMEZ TRANSFORMAR EN MARACAY LA FISONOMIA DE LA TIERRA

Ensanchándose por entre las cresterías de dos paralelas cadenas de sinuosos cerros, comienzan en Maracay los valles prolongados que muy pronto, en el suceder de unos kilómetros, habrán de transformarse en las mesetas infinitas y planas de los inmensos llanos.

Tales valles eran en su fisonomía primitiva, nada más que tristes y agotados pajonales, tierras abrasadas bajo la acción directa de los rayos del sol, donde la hierba nacida expontáneamente en la época de lluvias, bien pronto fenecía amarilleando abrasada de sed; sin embargo, bajo las mismas tierras, discurrían profundas las linfas cristalinas de purísimas aguas, que habían de constituir, después de la labor del General Gómez, el milagro de esa vegetación sorprendente, que hubo de transformar la fisonomía de los valles muertos, al trocarlos en maravillosos verjeles.

El General Gómez, inclinado a la tierra por impulso natural de su devoción panteísta, comprendió bien pronto lo que aquellas tierras pedían, e interpretando,—por la fisonomía triste—la súplica imperiosa de aquellos pajonales amarillos, abrió en la misma tierra los pozos artesianos que habían de derramar en la superficie las aguas surgentes capaces de saciar su sed, ante cuya presencia tan ansiada, la tierra agradecida ofrecería para siempre el armonioso canto de su sonrisa.

Los pajonales de ayer, desolados y tristes, son hoy los jardines de Aragua, y ellos, constituyendo el marco de la ciu-

dad nueva, suministran las notas de la belleza pura de las flores que se abren en todos los tonos y colores, para derramar en el aire la fragancia de sus delicados perfumes.

Esta transformación de la tierra, verdadero prodigio de la labor de un hombre, ha salido de las manos del General Gómez, como hubiera podido salir de las manos de Virgilio, —el príncipe de los poetas latinos—una de sus divinas Eglogas.

Capital importancia tiene la proyección estética del campo sobre el alma del hombre, sobre todo, sobre el hombre moderno, que se siente prisionero en las ciudades demasiado estrechas, henchidas de febriles trepidaciones y macadanizadas en demasía.

Por vivir el hombre divorciado del campo, ha perdido la nota estética de la naturaleza, que habrá de dar a su espiritu la felicidad, de la cual se está desposeyendo lentamente.

A este respecto es interesante recordar la autorizada opinión del psicólogo Paul Hartemberg, que escribe. "El problema de la felicidad radica en una cuestión de temperamento".

Demás está el decir que las impresiones externas son los pretextos ocasionales que habrán de formar en cada individuo su estado de ánimo. El panorama integra el alma de los hombres y pone en ella la nota esencial de su carácter, y así como donde la naturaleza sonríe los hombres viven saturados de sanos optimismos, donde la naturaleza se muestra adusta el espiritu no puede menos de sentirse influido por las proyecciones del pesimismo que ella destila.

Cambiar la fisonomía de la tierra realizando en ella una labor transformativa del paisaje, significará tanto como propender a cambiar el carácter y el estado de ánimo de los hombres, dando vitalidad al primordial factor de la naturaleza que es el que con más fuerza pone en los espíritus el idealismo de tradición platónica.

El General Gómez ha puesto en torno de la ciudad soñada, ese milagro admirable de la eterna y florecida primavera, que como un canto triunfal a la vida, intenso y alegre, habria de contagiar las almas de bienhechora fe y de confortadoras esperanzas.

LAS MAGNIFICENCIAS URBANAS DE LA CIUDAD DE MARACAY

Inmensa, cual corresponde a la insuperable grandeza del glorioso nombre que ostenta, es en Maracay la formidable plaza de Bolivar.

De propósito, para mejor honrar con una obra perdurable la celebración del Centenario del Libertador de la Patria, hubieron de hacerse las obras de los gigantes edificios que la circundan; pues con ser tan grande en sus proporciones esta plaza, tan solo se limita por cuatro suntuosas y formidables edificaciones.

Muchas capitales europeas quisieran para si la magnificencia y suntuosa belleza de tan anchurosa plaza, que constituye, a la entrada misma de Maracay, el más alto exponente del inusitado progreso a que hubo de haber llegado esta ciudad moderna.

En su centro, jardines de factura exquisita, rodean las artisticas fuentes que en el incesante y romántico cantar de sus aguas cristalinas, ponen bajo las ancestrales frondas de árboles vetustos, el múltiple ritmo de la grata nota versallesca.

También riquísimas farolas cinceladas en bronce y caprichosos candelabros del mismo metal, prestan a la plaza de Bolívar, el singular ornato de las grandes urbes.

En diferentes lugares de la plaza misma, situadas convenientemente para que mejor se puedan destacar, álzanse,

sobre sólidos pedestales de granito, las ecuestres estatuas de los próceres que como eterna recordación de la imperecedera gloria que alcanzaran, hubieron de fundirse en el noble metal que perpetúa a los héroes, con la misma gallarda e imponente majestad de sus legendarias y bizarras actitudes guerreras.

El frente derecho de la plaza ocúpanlo en su totalidad, los dos cuarteles; con decir que estos cuentan con capacidad confortable y cómoda para más de diez mil plazas, podremos dar una idea proporcional de sus extraordinarias dimensiones. El carácter militar de estos edificios se define por su propia factura arquitectónica, las esquinas tienen sendas torres de ángulo que forman sus correspondientes garitas, y las gruesas paredes, aspilleradas totalmente, terminan en cornisa-almenada.

Frente por frente a los cuarteles está el Gran Hotel Jardín, suntuoso y magnífico, y que en su estructura externa obedece a un caprichoso estilo, que sin salirse de los moldes coloniales, resulta un tanto singular.

Inmensamente grande por su capacidad, cómodo y confortable como pudiera serlo el primero de Europa, no exageramos al decir que ninguno mejor hemos conocido que reuna su maravillosa adaptación al medio tropical.

Este hotel, el primero de Venezuela, ha sido construido de acuerdo con un amplio plan de turismo que habrá de propender a llamar la atención de los extranjeros, sobre todo de los que toman el viaje como medio de solaz y de anímico esparcimiento, para los que tengan la curiosidad de conocer estas tierras venezolanas, donde la naturaleza ha repartido sin tasa sus más señalados encantos y los más sujestivos paisajes.

En la plaza también, y a continuación del Gran Hotel Jardín, se encuentra el Club Bolivar, que es moderno, amplio y también confortable. Aparte de la función social que desempeña, tiene como objeto principal el fomentar las justas deportivas, que constituyen en los pueblos nuevos, escuelas de ejercicio dirigidos al desarrollo de la vitalidad física y a enderezar las voluntades de las juventudes, que bajo la disciplina de los deportes, habrán de adquirir el sentido social.

Finalmente, dominando la plaza, y ocupando el frente de la misma entre los cuarteles y el Gran Hotel Jardín, álzase, como un monumento levantado en honor y en beneficio de la humanidad doliente, el moderno y suntuoso edificio de la Clínica de Maracay.

De acuerdo con las últimas exigencias científicas, por haber sido construido el edificio de la Clínica ajustándose a planes perfectamente estudiados con el objeto de su dedicación, y espléndidamente dotado con las instalaciones y con los instrumentales más nuevos, esta mansión abierta para reparar el dolor y la amenaza a la salud del cuerpo, tiene una muy elevada significación de alma, ya que en ella se patentizan los nobles sentimientos del alma misma generosa y abierta, del hombre que hubo de mandarla construir.

Como complemento maravilloso de esta plaza gigante, y como el mejor adorno a cuantos edificios la circundan para mejor hacer resaltar el trazo arquitectónico de sus líneas, la naturaleza presta con sus notas gallardas un marco admirable, y coronándolo todo, alto, luminoso, e intensamente azul, el cielo de Aragua, despejado siempre, por donde tan solo de vez en vez, las nubes, peregrinas misteriosas del vacío pasan....



EL DESARROLLO INDUSTRIAL DE LA CIUDAD DE GOMEZ

Para que la ciudad de Maracay pudiera tener en todos sus aspectos el trazo más moderno, era indispensable realizar en ella ensayos industriales, sobre todo cuando el trabajo constituye para el General Gómez, el factor más importante en la formación directa de los pueblos.

"PAZ Y TRABAJO", es el lema del escudo de la Rehabilitación.

La paz constituye el estado ideal de la armonía social y el trabajo, que se reflejará de una manera directa en el hombre e indirectamente en la sociedad misma, habrá de constituir su grandeza y su progreso.

El sentido perfecto de la cooperación en el trabajo, habrá de aprenderlo el hombre en la fábrica, ya que la fábrica establecida bajo las disciplinas y el orden, constituye la mejor escuela para enseñar la solidaridad humana. Propendiendo a conseguir por medio del trabajo cooperativo todas sus positivas ventajas, el General Gómez, puso en Maracay los cimientos de importantes fábricas para realizar ensayos de las dinámicas organizaciones industriales, que hubieron de deparar a la Nación tan buenos y tan felices resultados.

El gobernante no puede inhibirse de gobernar y la función de gobernar para un buen jefe de Estado, habrá de ser la de formar y mejorar ciudadanos, precisamente por medio del trabajo profesional y por medio de la actuación cívica na-

cional. El General Gómez, intuitivo gobernante, abrió las fábricas, no solo como escuelas técnicas para enseñar las ventajas del trabajo cooperativo, si no para el fomento y desarrollo de las fuentes de riqueza nacional.

Los telares de Maracay, modelo de fábricas para tejidos de algodón, fueron precisamente creados con este doble objeto, no solo para hacer en ellos disciplinados y capaces operarios, sino que, merced a dichos telares, el cultivo del algodón hubo de generalizarse en estas tierras de Venezuela, que son propicias para el desarrollo de tal planta malvácea.

Antes de que existieran en Maracay las fábricas de hilados de algodón, los que se dedicaban a tales cultivos tenían que vender sus cosechas al precio que por ellas imponían los fabricantes, en cuyos precios, con márgenes de gran utilidad para los fabricantes, muy poca ganancia quedaba para el agricultor, hasta el punto de que las plantaciones de algodón hubieron de disminuir de manera alarmante. Ante este problema, el General Gómez, con deseos de mayor equidad en el reparto de las utilidades entre los fabricantes y los agricultores, demostró con la fábrica de tejidos de Maracay, que el algodón nacional, transformado por la industria venezolana, había de deparar apreciables utilidades, tanto al agricultor como a las fábricas, y después de hacer un cálculo aproximativo de los frutos comerciales del negocio, principió por señalar al algodón que habría de ser utilizado como materia prima, un tipo de precio infinitamente superior al que hasta aquellos momentos venían pagando los otros industriales.

De esta manera, con felices resultados en la práctica, se consolidó el ensayo de la fabricación de tejidos de algodón, dando una ejemplar lección de honrado y equitativo reparto entre los tres factores económicos que concurren en todas las industrias, o sea para el capital, para el que suministra las primeras materias y para el que con su personal trabajo las transforma.

Además de los telares de Maracay, tienen vida floreciente y propia en la misma ciudad, otras instalaciones fabriles de no menor importancia, tales como la fábrica de papel, la

de jabón, de mantequilla, el frigorífico modelo para el sacrificio y total aprovechamiento del ganado vacuno, etc., etc.

Todos estos ensayos industriales que hubieron de traer, como inmediata consecuencia, un alto desarrollo fabril en Venezuela, débense a la personal iniciativa del General Gómez, circunstancia que acredita también su genial condición como gobernante de tipo economista.

El fomento y desarrollo de la riqueza nacional, que debe constituir en todo gobernante patriota el máximo de su aspiración, como tal gobernante, trata de conseguirla el economista mediante la función social encaminada a producir hombres de inteligencia, de salud y de carácter, o sea buenos ciudadanos, perfectamente capacitados para fomentar y producir la riqueza nacional. En este sentido la fábrica fundada con marcada intención económica, hace hombres capaces de sentir la satisfacción de trabajar, por entender que este trabajo mancomunadamente, habrá de ser el camino más seguro para alcanzar su ansiada independencia y el mejoramiento de las condiciones de su vida.

Como resultado de este desarrollo industrial, el General Gómez hubo de poner los cimientos a la población obrera, fabricando barriadas de casas confortables cuya fácil adquisición para los mismos obreros, mediantes créditos amortizables que les habían de ser conferidos, daban a estos un estímulo de constancia en su trabajo y aseguraban la estabilidad de este factor nacional, que así establecido, había de dar a la patria mejores frutos raciales.

OBRAS DE CARACTER TUTELAR

Sin salirnos de la misma ciudad de Maracay, donde como personal laboratorio del General Gómez, mejor se pueden apreciar sus obras, habremos de referirnos, aunque sea de manera muy somera, a la formidable labor de carácter tutelar, que este gobernante realiza con más acentuada preocupación y con más personal constancia.

"Cada escuela que se abre es un presidio que se cierra". No recuerdo quien haya dicho por vez primera esta verdad, que es precisa y es cierta.

La escuela desempeña en la vida moderna la principal función educativa, sobre todo la escuela especializada, que trata de reformar voluntades inclinadas al mal y de enderezar las conciencias incipientes que tienen hacia el delito cierta predisposición acentuada.

En virtud de la misión tutelar que el General Gómez ejerce con carácter casi paternal sobre este pueblo, tenia que preocuparse de manera preferente, de esta función educativa, sobre todo de la labor educativa reformatoria para curar voluntades enfermas de los pobres muchachos que, desamparados de toda fortuna, se iniciaban a la vida influidos por medios favorables para el desarrollo de los morbos sociales. Con tales propósitos fundó un colegio modelo, confiando su dirección a competentes sacerdotes alemanes, especializados en

este género de enseñanza, en donde los muchachos se transforman y donde adquieren conocimientos prácticos de suma utilidad para ellos directamente e indirectamente también para la patria.

Los sentimientos del hombre habrán de ser generosos, no solamente para el hermano hombre, sino para todo lo que en la naturaleza tenga vida, y para generar en las almas tan nobles sentimientos, la labor tutelar del General Gómez es amplia y profunda; para respetar el árbol, suele cambiarse en Maracay con gran frecuencia, el trazado de muchos edificios. En los parques públicos, pónese de propósito, alimento para los pájaros; y en Las Delicias, que con toda justicia así se llama uno de los más notables y magnificos paseos, que es del propio General Gómez la posesión más estimada, hay un Parque Zoológico completo por la cantidad y variedad de los ejemplares y especies diferentes de animales más curiosos, que aparte de la misión educativa que entraña, tiene seria virtualidad para inculcar en las conciencias el sentido humano de la vida, dando a los hombres un concepto pleno de confianza en si mismos, toda vez que tales especies feroces dominadas por este hombre y por el hombre cuidadas y atendidas, han ido perdiendo sus crueles instintos y el sello primitivo de sus tendencias al mal como defensa....

En el fondo de todas estas ejemplares lecciones, puede apreciarse una noble intención apasionada y profunda. Todas ellas con fuerza simbólica, constituyen fuentes de verdadero aleccionamiento de moralidad y de reconstitución para los espiritus.

El sentimiento de concordia, que es indispensable para asegurar en la vida el reinado universal de la paz, habrá de comenzar, por separado, en cada conciencia. Para asegurar la paz en el mundo, será necesario asegurarla antes en el alma de cada individuo, y este sueño de paz y de tranquilidad, tiene un sentido integral y metafisico, un sentido cósmico; porque el hombre para poder sentirse hermano del hombre, tendrá que considerarse hijo de una misma causa suprema, que

a la vez haya sido también padre del árbol y padre de todo cuanto vive.

El General Gómez, hace cuanto puede para borrar ese sentido cruel de lo primitivo, tratando de neutralizar ese alcaloide de la mala esencia humana, que se ha sedimentado en los pozos turbios de la actual civilización.



EL GENERAL GOMEZ, COMO UN SIMBOLO DE LA PATRIA NUEVA, CONSTITUYE EL VINCULO DE UNION ENTRE TODOS LOS PUEBLOS QUE INTEGRAN LA REPUBLICA

Al dejar en los capitulos que preceden señalada a grandes rasgos la labor personal que el General Gómez realizará en su ciudad modelo, hemos definido, sin hacer comentarios, cuál es su efectiva capacidad para poder plasmar en una realidad perdurable, la creación integral y absoluta de sus sueños.

Todo hombre grande, que habrá de ser por su instinto menos egoista que por su raciocinio, se ha propuesto dejar como testimonio de su existencia, obras de mayor duración que la vida. Consecuente con tales propósitos, el científico trata de descubrir, en beneficio del disfrute humano, los grandes secretos de la naturaleza; el artista, de dar forma para el mañana a las sublimes creaciones de su ingenio; el artesano, contagiado también de ese instinto de perduración, tratará de interpretar lo que los demás han soñado, y por eso, desde las pirámides de piedra, hasta las pirámides del pensamiento, el legado de los hombres superiores ha venido integrando el caudal del progreso.

De igual modo, habrá de constituir para todo gobernante genial su preocupación más preferente, el dejar para las generaciones venideras, en obras perdurables, la constancia de la labor que éste hubo realizado en bien de los pueblos.

Dejemos para la Historia el comentario de las obras perdurables del General Gómez, y concretémonos a señalar su actual posición simbólica como vínculo de unión y garantía de paz, para todos los pueblos que integran la República.

El General Gómez, que lleva en la primera inicial de su apellido la palabra "Gobierno" en el heroísmo de la paz, que por ser aparentemente menos refulgente y menos glorioso que el otro heroísmo de la guerra es más escaso y más difícil, consiguió dar al pueblo de Venezuela lo que este pueblo deseaba ávidamente: LA PAZ.

Y es que los pueblos, como los individuos que los forman, principian a inquietarse tras el afán de sueños imposibles, y por su desmedida codicia y ambición a fuerza de ser crédulos, se fatigan al seguir locamente a cuantos ilusos pudieran deslumbrarles con promesas quiméricas, para terminar después, modestamente, solicitando un poco de tranquilidad y de sosiego.

Este sosiego y esta tranquilidad que apetecía Venezuela, no era más que la paz y el orden, orden y paz, que prometiéndola el General Gómez, hubo de garantizarla sin interrupción durante su mandato, y por eso, al convertirse como gobernante, en el símbolo de la paz, hubo de constituir el vínculo de unión entre todos los pueblos de la República ya que nadie como él podía encarnar las aspiraciones colectivas.

El orden es la máxima garantía nacional, porque constituye para todos la plena confianza para mejor poder desarrollar su actividades. Cuantos tengan su pedacito de vida sonrosada y risueña, habrán de saber la tranquilidad que dá a los espíritus el saber que el orden está asegurado en el trozo del mundo donde ellos viven. No se necesita tener un concepto reaccionario para creer en la suprema eficacia de este orden y por eso se puede desear la paz y defenderla, poniéndose al lado de quienes la mantengan, por muy henchido que esté el corazón de impulsos liberales, tal como sucede en los actuales momentos de Venezuela. ¡Cuántos pueblos envidiarán hoy la tranquilidad que existe en esta tierra! ¡Cuántas naciones quisieran poder detener el potro salvaje de las revo-

luciones, lamentándose de haberlo alentado, para que, sin medir consecuencias, emprendiera su loca y vertiginosa carrera!

En torno del General Gómez, se agruparon con deber cívico, cuantos guiados de un buen sentido comprendieron la cordura de la paz y la supremacía del orden sobre los vagos deseos de aventuras epilépticas.

Sobre los sólidos cimientos de la paz principió el período del General Gómez y después, como natural consecuencia de esta vino el progreso y como consecuencia de este progreso, que sintetizaba el trabajo individual de todos los venezolanos, la grandeza de Venezuela. De esta manera, de abajo arriba, como se suelen construir todas las obras perdurables que desafían al tiempo, se hizo grande la labor gubernamental del General Gómez y grande también, por lo tanto, su nombre y su prestigio.

La elocuencia suprema de la realidad de Venezuela, pregona este predicado y califica de grande a quien lo es por la personal demostración del derecho que tenía para serlo, porque el General Gómez, con un sentido intuitivo de esta realidad, que grande le reconoce y le proclama, ha sabido mantenerse ecuánime y reprimir sereno los ímpetus excesivos de los que por temperamente impaciente y ambicioso, desearían en todo momento acelerar el ritmo de la vida nacional hasta producir el vértigo.

Cuando todos los hombres de reconocida valía mundial han fracasado rotundamente al asumir la dirección política de los pueblos; cuando el ejemplo trágico del desconcierto anárquico que triunfa en muchas naciones, hace temblar de espanto, el General Gómez, vínculo de unión en Venezuela, es el hombre inspirador de confianza, porque sobre el pedestal de su obra nos hace pensar cuerdamente que para llegar a tiempo al logro de nuestras aspiraciones, es mejor recorrer a pié y con tenaz constancia el penoso camino, que dejarse llevar por los sueños quiméricos de lo que es irrealizable.



OBRAS SON AMORES Y NO BUENAS RAZONES

Los pueblos quieren de sus gobernantes, hechos y no buenas palabras. La sabia verdad, que encierra siempre cuanto se refiere al añejo refranero castellano, verdad escueta que constituye la filosofia del pueblo, tiene en él raices que se ahondan en la tradición y que se afirman en la misma conciencia de ese pueblo.

Y nada es tan verdad, para el pueblo, en este sentido de realidad y de aspiración, como lo que dice el refrán que hemos tomado como epigrafe de estas líneas.

El amor del pueblo venezolano al General Gómez, nace de su obra y de sus hechos, es la consecuencia lógica de una eminente labor de gobernante único, que jamás tradujo con palabras sus pensamientos.

La mayoria de los gobernantes americanos, pertenecen a ese grupo emocional de hombres eminentemente teorizantes, de hombres de buena fe sin duda, pero que adolecen del defecto de trazar quiméricos programas en que se adelantan, aventuradamente, las utopias que se proponen hacer, sin que esto en la realidad, en la mayoria de los casos, pueda lograrse. Tales hombres de imaginación poderosa y fogoso y elocuente verbo, que todo lo prometen y que todo lo pregonan, siendo en principio, por su elocuencia, amos de voluntades y caudillos que arrastran tras de si, a la mayoria de sus pueblos, no pueden, más tarde, en la práctica de su efectiva misión de go-

bernantes, mantener la lealtad de los que fueron sus prosélitos, ya que al obrar en manifiesta contradicción con lo que habían prometido, defraudan las esperanzas que en ellos se habían puesto y logran transformar a sus amigos entusiastas en sus mortales enemigos.

El General Gómez, hombre de ideología esencialmente diferente, tipo antitético de tales teorizantes, jamás adelantó nada sobre su obra de gobierno, siempre callado, manteniéndose en un hermético secreto sobre sus planes a realizar, se contenta con traducir en hechos sus propios pensamientos de Gobierno.

Tales hechos, que constituyen la más elocuente afirmación de su capacidad de gobernante, le han dado en Venezuela el más alto prestigio y han determinado el por qué de su proselitismo.

Pocas palabras, ninguna palabra; pero en cambio la realización de muchas obras de progreso, secreto de la política del General Gómez, es el fundamento serio de su triunfo.

Esto es precisamente lo que quieren los pueblos de sus gobernantes y esto es lo que acrece el prestigio máximo de los hombres que dirigen los destinos de los pueblos. Nada de elocuencia, nada de derroches pirotécnicos y de promesas vanas, hechos y nada más que hechos; por eso el refrán castellano que condensa la verdad sintética de esa filosofía, que por ser del pueblo es siempre sabia, dice con sobrada razón:

"Obras son amores y no buenas razones".

UNO DE LOS MAS REMOTOS PASADOS DE AMERICA, IGNORADO Y OCULTO, HA SIDO DESCUBIERTO RECIENTEMENTE BAJO EL SOLAR QUE ACTUALMENTE OCUPA MARACAY, LA CIUDAD MAS NUEVA

Bajo las grandes tongas de la tierra, aplastados muchas veces por el derrumbe de civilizaciones diversas, se guardan preciosos e ignorados vestigios de los primeros siglos en que el hombre hubo de florecer en la vida.

Merced a la meritísima e infatigable labor de un hombre de ciencia, que es además un caballero tan cumplido como buen ciudadano, gracias al Dr. Rafael Requena, hubieron de sorprenderse los secretos de las primitivas civilizaciones de aquellos hombres que se establecieron por vez primera en las tierras venezolanas, cuyos vestigios, por su factura tosca y sencilla, acusan que aquella civilización fuera una de las más antiguas de América.

Sintiendo esa inquietud del pasado, el Dr. Requena, espíritu sereno y reflexivo, emprendió esta labor de investigación, en la seguridad de poder encontrar en las márgenes de la laguna de Tacarigua, los restos perdidos de los hombres primeros que, venidos por el mar a esta tierra, bien pudieron encontrar en las mismas aguas de la laguna un lugar propicio de defensa natural para establecer en ellas las construcciones

palafíticas que fueron las primeras construcciones de los indígenas de esta parte de América.

De esta manera, siguiendo hipótesis muy acertadas, hubo de proceder a organizar y dirigir expediciones, por diferentes lugares, en torno de la laguna referida y después de trabajos tenaces y de haber realizado varias excavaciones, logró que el éxito más completo coronara su obra, ya que atinó a exhumar los restos primitivos de aquella cultura arcaica, que profundamente enterrada por la acción de los siglos, permanecía completamente ignorada de todos.

Maracay, la ciudad más moderna, la que mejor acusa en Venezuela todas las palpitaciones del momento presente, estaba cimentada sobre los restos milenarios de la civilización más vieja de esta misma tierra.

La cantidad valiosa de objetos múltiples, que encierran para la completa reconstrucción de la historia de Venezuela, un caudal de valor inestimable, rescatados de lo más hondo de esta tierra, perfectamente restaurados y clasificados ya, se encuentran en el Museo Requena, en la misma ciudad de Maracay.

Los arqueólogos podrán estudiar concienzudamente, en los objetos que fueron exhumados, el carácter, las costumbres y también la sencilla estructuración de aquellos pueblos, ignorados por haberse fundido en el polvo de los siglos que hubieron de pasar, desde que ellos vinieron a Venezuela.

Las vitrinas del Museo Requena, donde se guardan multitud de cuentas de collares, de curiosos objetos de cerámica, de brazaletes, de toscas herramientas de piedra pulida y de silex y también varios fósiles milenarios de cráneos de una estructuración tan extraordinaria que hacen pensar en la veracidad de las teorías darwinianas, constituyen testimonios de aquella cultura barrida por otras culturas posteriores, porque tales objetos son verídicos antecedentes de las estratificaciones humanas y los restos perdurables de una realidad que, a pesar de haberse ido, abrirá las primeras páginas de la verdadera historia nacional.

Fuera de nuestros propósitos y de los alcances de este libro está el hacer un detenido examen sobre las investigacio-

nes arqueológicas a que hemos dejado hecha alusión en este capitulo; sea suficiente con decir, que según la fundada hipótesis del Dr. Requena, admirablemente desarrollada en el libro que acaba de publicar sobre estas investigaciones y descubrimientos, los pobladores primitivos de las tierras venezolanas, datan del periodo paleolítico y pertenecian al grupo de las primeras inmigraciones que, en épocas muy remotas, han venido por el Pacifico a este continente y que salieron después por el portillo del Atlántico a Veracruz para tomar posesión de estas tierras.

Lo que nos interesa hacer constar es, que sobre el solar que han ocupado los hombres que levantaron en Venezuela la población más antigua se ha edificado la más moderna de esta nación.



EL SAMAN DE GÜERE

Es el Samán de Güere un monumento nacional, que vive cerrado en un recinto formado por viejos fusiles con sus triangulares bayonetas caladas. El venerable Samán milenario, álzase, opulento y robusto, en el corazón de las tierras de Aragua, y sigue impertérrito, muy a pesar de sus muchos años, brindando los halagos de sus frondas rumorosas y frescas, que esparce con sus gruesas y sarmentosas ramas extendidas, siempre engalanadas de grandes y verdosas hojas.

La carretera que parte desde Maracay, y que es actualmente arteria principal de tráfico incesante, se ha detenido piadosa ante el árbol sagrado. En torno de éste, se abre en dos ramas que toman direcciones opuestas, cual si fuesen dos brazos en cruz simbolizando una actitud de adoración y de respeto, respeto y adoración del progreso venezolano, que remoza este país sin atentar contra los monumentos gloriosos de su historia.

Vigoroso y fuerte, con expresión de juventud, en el potente retoñar de sus últimas ramas, tiene el Samán de Güere, un tronco inmenso, que afirmado sobre raices muy profundas, hace pensar que data su existencia de un fecha remota, perdida en el misterio de los pasados siglos.

Erguido con majestad solemne, en su notable semejanza con los famosos cedros del Líbano, tiene este Samán, una imponente altivez sugeridora y grande, y es, que este árbol tu-

telar, que es por su historia noble, ara santa de la nacionalidad venezolana, ha crecido nutriéndose del polvo de las generaciones muertas y es el testigo en pié que guarda del pasado los más grandes secretos.

En los albores de la Conquista, con ocasión de las primeras y temerarias expediciones, se habrán detenido a gustar de su sombra, los caballos jadeantes de los Conquistadores; y el Samán de Güere, confidente de incertidumbres y zozobras, habrá escuchado las voces enérgicas de mando del aguerrido Alonso de Ojeda, o del valiente y temerario Juan de Ampués, o del caballeroso Diego de Losada.

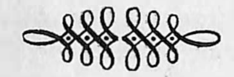
También por sus torcidas ramas habrán subido, raudos de pavor, muchas veces, para encontrar entre sus frondas, asilo al miedo, los pobres indios de carne bronceada, a los cuales aterró la sorpresa inesperada de los centauros blancos.

Después, muchos años después, bajo el mismo Samán, hubieron de acampar las huestes venezolanas, que conducía hacia un noble ideal de Patria, aquel visionario de la gloria que se llamó Bolívar. Y años más tarde, este árbol vetusto, ha visto también, como los venezolanos se destrozaban en luchas fratricidas, enardecidos por odios personales. Fué bajo el Samán de Güere, donde las palabras de "POR LA PATRIA Y POR LA UNIÓN" dichas en un momento histórico por el General Gómez, han tenido su máxima efectividad de reconstrucción nacional. Quizás el árbol milenario produjera el milagro de que en el corazón del caudillo de la victoria, latiera el sentimiento de la Patria pacificada y grande.

El Samán de Güere lo ha visto todo, ante él desfilaron una tras otra, todas las horas de la Historia de Venezuela, y por eso, en el corazón de los valles de Aragua, este árbol, pleno de evocaciones, de leyendas y de recuerdos, es un monumento con vida que habla al espíritu de los venezolanos, e inspira religioso respeto a los que no lo somos.



INDICE




INDICE

